En un lugar de Alemania

Patricio Chamizo

Reportaje dramático sobre los emigrantes españoles en Alemania.

Escrito en 1964. Revisado en 2000.

Tanta pena he contemplado,
que unas veces he llorado
con llanto de compasión
y otras mi voz ha velado
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
de la siniestra figura
de hombres que hundidos están
en un sopor de incultura
con fiebre de hambre de pan.

José María Gabriel y Galán

A su Majestad, el Rey

PERSONAJES

(Por orden de aparición.)

ESTEBAN.
CECILIO.
AGUSTÍN.
CARLOS.
GUILLERMO.
FELIPE.
MANFRED.
DANIEL.
PACO.
ROCÍO.
NICOLÁS.
EULOGIO.
SEVERINO.
HOMBRE.
MUJER.
DOS ENFERMEROS.
DOS POLICÍAS.

ACCIÓN Y DECORADOS:

La acción de esta obra se desarrolla en un lugar cualquiera de Alemania, Suiza, Francia o cualquier otro país donde haya emigrantes españoles, pues en todos los países las circunstancias son parecidas.

El escenario está dividido en tres partes. A la derecha, la habitación de una barraca de madera. A la izquierda, un bar típico del lugar. En el centro, una calle.

La barraca es una estructura de madera de una sola planta, por lo que se ve el tejado. De ella sólo se ve la habitación donde transcurre la acción y la fachada que da a la calle, en cuyo centro está la puerta principal. La entrada a la habitación está situada en el foro derecha. En la habitación hay una mesa con tres sillas, una litera de tres plazas y una taquilla de tres cuerpos. Sobre la taquilla, dos maletas de madera o cartón. Por las paredes, fotos de familiares.

El bar es la planta baja de un viejo caserón de la periferia. En el foro izquierdo, haciendo escuadra, una barra. La parte perpendicular a baterías está situada en el centro; la otra se pierde por el lateral. Hay un grifo de una marca de cerveza. El fondo de ella está decorado con una estantería de cristal en la que vemos botellas de licores. Junto a la barra, tres taburetes. En el centro, una mesa con cuatro sillas. Más a la izquierda, ya pegado al lateral, otra mesa con sillas. La entrada al bar está situada en primer término, por lo que se accede a él directamente desde la calle.

La calle no es más que el espacio que separa la barraca del bar. Sin embargo, no es una calle que limite ambos establecimientos. Es más bien un descampado y su trazado es irregular. En el foro, de forma borrosa se adivina, más que se ve, la techumbre en forma de sierra de una fábrica y una chimenea. En ella está la entrada a la barraca y al bar. En la puerta de éste, hay un luminoso que dice: SCHNELL GASTÄTE.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón vemos en escena a FELIPE, **sentado en una silla en la barraca y ocupado en coser ropa**. **Lo hace con la torpeza de quien no está acostumbrado a ese menester**. **Es un emigrante de unos treinta años**.

En el bar, **sentados en la mesa del centro**, ESTEBAN **y** CECILIO **juegan una partida de mus**. **También son emigrantes**, **pero su vestimenta es elegante y contrastará con los sucesivos personajes**. **No son de pueblo**, **como la mayoría**. **Son madrileños castizos de veinticinco años**.

Detrás de la barra, **leyendo un periódico**, MANFRED. **Es alemán y tiene unos cincuenta años**.

Desde el fondo de la barraca llega el tenue lamento de una soleá tocada a la guitarra.

EMPIEZA LA ACCIÓN.

ESTEBAN.- Paso.

CECILIO.- Envido a grande.

ESTEBAN.- Quiero. Paso a chicas.

CECILIO.- Tres chinos.

ESTEBAN.- No quiero. Pares.

CECILIO.- Sí.

ESTEBAN.- Envido.

CECILIO.- Cinco más.

ESTEBAN.- ¿Me quieres chulear los pares?

CECILIO.- Es un farol. Si quieres, entra.

ESTEBAN.- Las veo. Juego.

CECILIO.- No jugué.

ESTEBAN. - Me gano dos de envite a grande y tres de treinta y una, cinco.

CECILIO.- Y yo, siete de invite a pares y dos de medias, nueve. Con una de aquí, diez. No vale salirse. Juego, set y partida.

(Por la calle aparecen AGUSTÍN **y** CARLOS. **25 y 30 años**, **respectivamente**.**)**

ESTEBAN. -¡Tienes más potra!

CECILIO.- Al saber le llaman suerte.

ESTEBAN.- ¡Qué dices, so lila! ¡Si tú no sabes ni tenerlas en las manos!

CECILIO. -A mí, al mus, no hay quien me tosa, so pardillo. Manfred: trae dos cervezas y pasa la minuta aquí a éste disipao.

(**Entran en el bar** AGUSTÍN **y** CARLOS.)

ESTEBAN.- ¡Qué me va a pasar a mí la minuta! Me tienes que dar la revancha.

CECILIO.- ¡Hombre! (**Refiriéndose a** AGUSTÍN.) Aquí llega el hombre más feliz de Alemania.

ESTEBAN.- Hola, Carlos.

AGUSTÍN.- ¡A la pá de Dios!

CARLOS.- Buenas tardes.

CECILIO.- (**A** AGUSTÍN.) ¿Qué hay, paletorro? ¿Cómo te ha dado por salir hoy de la barraca?

AGUSTÍN.- Pos que como esta tarde se va Carlos de permiso, pos me dije, digo: voy a dil a tomar una cerveza con él y acompañarle a la estación.

CECILIO.- ¿Tienes ya el billete?

AGUSTÍN.- ¡Bueno! El billete lo sacó hace un mes.

CARLOS.- Cualquiera deja en estas fechas el billete para última hora. Esta noche, camino de París; mañana por la tarde, en Irún y pasado mañana, en mi casa. Me parece mentira, después de seis meses, ver a mi hijo y a mi mujer.

AGUSTÍN.- Pos te podías haber esperao un mes más. Ahora que la mitad de la plantilla se va de vacaciones es el momento de hacer horas extras y ganar unas buenas perras.

CARLOS.- ¡Cómo se nota que no estás casado! Sí; en este mes se hacen horas extras y con ellas sacaría para el viaje, o más. Pero no resisto más tiempo. Cuando fui este verano a España mi hijo no me conocía, lloraba cuando lo cogía y me miraba como a un extraño. Y cuando por fin se acostumbró a verme me tuve que venir otra vez a Alemania. ¡Estoy de Alemania hasta las narices!

ESTEBAN.- Aquí se gana dinero y se vive bien.

CARLOS.- Vivís bien los solteros.

CECILIO.- Pues tráete a la mujer.

CARLOS.- ¿Traerme a mi mujer y a mi hijo? ¡Ni borracho! Yo soy pobre, pero en mi tierra soy un ciudadano; aquí soy una mierda. Para los alemanes no hay españoles, ni turcos, ni yugoslavos; para ellos todos somos moros, una raza inferior.

AGUSTÍN.- Yo no entiendo a este Carlos. Yo vivo bien aquí, gano dinero y me importa un pito lo que piensen de mí los alemanes. En mi pueblo hay un casino en el que sólo pueden entrar los señoritos. Aquí también hay bares en que no dejan entrar a los españoles. ¿Y qué? Pues igual que en mi pueblo.

ESTEBAN.- A ti no te importa porque no entras en ninguno. Te gastas menos en bares que Tarzán en alpargatas.

AGUSTÍN.- Yo he visto a muchos españoles que los han echado de algunos bares y no quiero que nadie me eche a la calle.

CECILIO.- A mí y a éste nadie nos ha echado de ningún sitio. ¿A qué españoles echan a la calle? A los mugrientos y piojosos. ¡Se ve por aquí cada ejemplar ibérico! ¿Tú crees que se puede ir por la calle con esa pinta?

AGUSTÍN.- ¿Qué pinta tengo yo? Esta es la ropa que llevaba en mi pueblo.

ESTEBAN.- ¿Desde cuándo no te lavas?

AGUSTÍN.- Yo me ducho una vez al mes, aunque no haga falta. Y esa costumbre la he cogido aquí, porque en mi pueblo no hay ni ducha ni agua corriente. Me bañaba en el río.

CARLOS.- Vamos, os invito a una cerveza. Manfred, pon cuatro cervezas.

(MANFRED **sirve cervezas y todos beben**, **hablando aparte**. **Por la calle entra** GUILLERMO. **Es un hombre de unos 45 años**, **cachazudo y un poco barrigón**. **Lleva una bolsa con la compra y bajo el brazo**, **un enorme pan de centeno**. **Desaparece por la puerta principal e instantes después entra en la habitación**.)

GUILLERMO.- ¡Uf! ¡Qué frío hace en esta Alemania de los demonios! Hola, Felipiño, ¿Qué faces?

FELIPE.- Ya ves, hijo: de mujersita de mi casa.

GUILLERMO.- Tengo las manos que si me las cortan no lo siento. Y no te digo nada de los pies. Lo único que tengo caliente es la cabeza. Salir de compras aquí es terrible, rapaz. Pero yo no me complico la vida. Con este pan de centeno -que alimenta más que el de trigo- dos kilos de tocino y dos docenas de huevos tengo para toda la semana. El tocino de aquí es muy bueno, tiene mucha veta. Mira. Está muy rico. Está ahumado y se puede comer sin freír ni nada. ¿Quieres un poco?

FELIPE.- No, grasias. No me gusta el tosino.

GUILLERMO.- Pues a mí sí me gusta. Y alimenta mucho. Si te fías, te gastas el dinero en chucherías y no comes como es debido. **(Se sienta y come.)** Cuando termine de comer voy a la estación.

FELIPE.- ¿Para qué?

GUILLERMO.- Hoy es jueves y llegan trenes con emigrantes españoles. Me dan pena esos rapaces. Parecen reclutas y lo miran todo con los ojos muy abiertos. Yo pregunto a todos, por si hay algún gallego paisano mío. Me emociona ver a mis paisanos y les ayudo en lo que puedo.

FELIPE.- ¡Ya estoy jarto de cosé y de lavá y de planchá!

GUILLERMO.- Tú, lo que necesitas, es casarte.

FELIPE.- Yo lo que nesesito es coraje para desirle a esa mujé que estoy loco por sus güesos.

GUILLERMO.- ¿Quién es ella? ¿La conozco yo?

FELIPE.- Sí. Es compañera nuestra. Rosío.

GUILLERMO.- ¿Rocío? ¿Qué Rocío? ¿La Rocío?

FELIPE.- Sí, Rosío.

GUILLERMO.- ¿La que siempre está borracha?

FELIPE.- ¡No está siempre borracha! Entre todos los españoles le hemos dado esa mala fama. Es tan buena trabajadora como la primera.

GUILLERMO.- Sí, eso sí; pero después del trabajo...

FELIPE.- Algún día ha bebido un poco y le ha sentado mal.

GUILLERMO.- Tú eres un hombre y sabes lo que tienes que hacer, pero a mi non me parece una mujer buena para ti, Felipiño. ¡Hay tantas españolas guapas y decentes aquí!

FELIPE.- A mí me gusta más que ninguna. Es una mujer desente, inteligente y con un gran atrastivo y personalidad.

GUILLERMO.- Pues allá tú. No haré más comentarios sobre ella.

FELIPE.- Te lo agradesco. Esa mujer me encanta. No hay otra como ella. Pero yo soy más corto que las mangas de un chaleco pa eso, pa desírselo.

GUILLERMO.- Pues si a ti te gusta, decídete y díselo.

FELIPE.- Voy a jaser la sena.

(FELIPE **se va**. GUILLERMO **sigue comiendo pan y tocino**, **plácidamente**. **En el bar**:)

AGUSTÍN.- Pues yo sigo diciendo lo mesmo: irse en Navidad no es bueno, porque se pierde dinero desperdiciando las horas extras, que sólo se hacen en vacaciones de verano y de invierno.

ESTEBAN.- Pues lo que es este año, vas listo. ¿No estás enterado de que se prepara una huelga?

AGUSTÍN.- Por mí se puede preparar lo que quiera. Yo trabajo.

ESTEBAN.- ¡Muy bien, muchacho! Eso de la huelga es cosa de Felipe, que es del P. C. Yo tampoco estoy de acuerdo. ¿Huelga, para qué, si vivimos cojonudamente?

CARLOS.- En eso no tienes razón. Yo no sé si Felipe es comunista, o anarquista, o socialista, porque nunca me lo ha dicho. Pero sea lo que sea yo estoy de acuerdo con todo lo que dice y hace. Los emigrantes tenemos mil motivos para hacer huelgas, porque son muchas las cosas que tenemos que reivindicar.

CECILIO.- En eso estoy de acuerdo contigo.

ESTEBAN.- ¿Qué tenemos que reivindicar? Ganamos un sueldo estupendo; nos tratan bien en la empresa; estamos en un país con cincuenta años delante del nuestro, del que tenemos mucho que aprender.

MANFRED.- Eso es verdad. Nuestro país os acoge y os trata bien, no como extranjeros, sino como *gastarbeites*.

AGUSTÍN.- ¿Y eso qué es?

CARLOS.- Una mentira así de grande. *Gastarbeite* quiere decir huésped trabajador.

MANFRED.- No es mentira; es verdad.

CARLOS.- Esa palabra es un simple formulismo. Ganamos menos que los obreros alemanes que realizan nuestro mismo trabajo; nos alojan en barracones de madera, como en los de los campos de concentración; esos barracones son de hombres y de mujeres, pero no de matrimonios.

AGUSTÍN.- Pues mi barracón, siendo de madera, es mejor que mi casa del pueblo. Tiene agua corriente, ducha, calefacción, cocina eléctrica, y al salir no pisas barro como en la calle de mi pueblo cuando llueve. Y en la fábrica hay un comedor que se come como no he comido nunca en mi pueblo.

MANFRED.- Lo que sobra aquí es demagogia de algunos comunistas. Mi país está haciendo mucho por los españoles, ingresando mucho dinero en divisas a España.

ESTEBAN.- Eso está muy dicho. Es verdad. España gana mucho dinero con los emigrantes, gracias a Alemania.

CARLOS.- Quien gana dinero con nosotros es Alemania. (**A** MANFRED.) ¿A qué edad empezaste tú a trabajar, a producir?

MANFRED.- Cuando terminé mis estudios en la Universidad Politécnica, a los dieciocho años.

CARLOS.- Dieciocho años. Pues tres meses antes de nacer tú, el Estado alemán ya se estaba gastando dinero en ti para que tu madre tuviera un buen parto; dinero para tu alimentación, para la guardería, para el colegio, para el Instituto, para la Universidad. ¿Cuánto dinero se gasta el Estado alemán en cada hombre antes de que llegue a producir? Sin embargo, ni un puto duro se gasta en un emigrante, que nada más llegar ya produce sin haberse gastado un céntimo en él. España gana dinero con las divisas, es cierto. ¿Pero cuánto se gastó en cada emigrante que sale al extranjero?

AGUSTÍN.- En mí, España no se ha gastao ná. Porque ni mi madre cobró ná, ni púe dil a la escuela, ni na de na.

CECILIO.- Bueno, bueno, dejaros ya de discutir. Tomemos otra cerveza.

AGUSTÍN.- Que nos vamos a emborrachar.

ESTEBAN.- A propósito de borrachera. ¿Visteis la borrachera que tenía anoche la Rocío?

CARLOS.- A mí esa mujer me da pena.

ESTEBAN.- ¡Esa tía es la deshonra de los españoles!

CARLOS.- Si bebe, debe ser por algo. Esa mujer debe estar atormentada por algo.

ESTEBAN.- ¡Esa una pendón, una ramera! No sé cómo Manfred la deja entrar en el bar.

CECILIO.- ¿Por qué le tienes tanta manía a esa mujer? Cada uno hace con su vida lo que le da la gana.

ESTEBAN.- ¿Tú no sabes que tiene una habitación para ella sola, en vez de estar en la residencia de mujeres, como todas las españolas?

CECILIO.- Bueno. ¿Y qué?

ESTEBAN.- Pues que esa utiliza la habitación para sus ligues.

CARLOS.- ¡No tienes derecho a decir eso! ¡Ni aunque fuera verdad! Felipe me ha dicho que la considera una gran mujer.

ESTEBAN.- ¡Buah! ¡Qué sabrá ése de mujeres!

(Por la calle entra un joven tambaleante y agotado, **dando traspiés**. **Cae al suelo cerca de la puerta de la barraca y queda tendido allí**. **Entra** FELIPE. GUILLERMO **ha terminado de comer y se dispone a salir**.**)**

FELIPE.- ¿Dónde vas?

GUILLERMO.- A la estación para ver llegar a los emigrantes. A lo mejor viene el que ha de ocupar esa litera libre. Hasta luego. **(Sale a la calle y se tropieza con el caído.)** ¿Qué le pasa a éste hombre? **(Se agacha**, **le toca y le observa**. **Entra rápido en la barraca y llama desde allí.)** ¡Felipe, hay un hombre tirado aquí en la puerta! ¡Ayúdame a levantarlo!

(FELIPE **sale a la calle y entre los dos le levantan y lo meten en la barraca**.)

FELIPE.- Éste hombre tiene pinta de estar aterido de frío y muerto de hambre.

GUILLERMO.- ¡Pobriño! Hay que darle un poco de caldo caliente. Lo traeré de la cocina.

(Se va. DANIEL **empieza a recobrar el conocimiento**, **mira a su alrededor y al ver** a FELIPE, **grita**.**)**

DANIEL.- ¡No, no! ¡No me devuelvan a España! ¡Déjenme estar aquí! ¡Por lo que más quiera, suélteme!

FELIPE.- Tranquilo, tranquilo. Estás entre amigos.

DANIEL.- ¿Usted... usted es... es español?

FELIPE.- Sí. Tranquilo.

(DANIEL **vuelve a desmayarse**. **Entra** GUILLERMO **con una taza de caldo y le mete una cucharada en la boca**. DANIEL, **al probarlo se despierta y bebe el caldo con fruición**.)

GUILLERMO.- Despacito, despacito, rapaz.

FELIPE.- Dale un cacho de tocino y pan.

GUILLERMO.- ¡No, Felipe, no! Ahora no podemos darle cosas tan fuertes. Hay que darle cosas ligeras poquito a poco. ¿Qué le habrá pasado a este rapaciño?

FELIPE.- Es español. Parece ser que ha entrado clandestinamente en Alemania.

DANIEL.- Agua. Dadme agua.

(Le siguen atendiendo entre los dos. DANIEL **se recupera poco a poco**. **Por la calle aparece** PACO. **Es un joven de unos veinticinco años**. **Mira por todos sitios buscando no se sabe qué**.**)**

PACO.- ¡Me cagüen en toas la mulaz de to loz alemanes! ¡Loz cabeza cuadrá eztoz! ¡Vamo, que con lo clarito que hablo yo y que no me entienda nadie! ¡Y dezpué dicen que zon liztoz eztoz tíoz! ¡Me cagüen en toa zuz mulaz! ¡Vamo, que tié guaza la coza! ¡Na; que ezta noche me la pazo al zereno y con el frío que jace, mañana me encuentran máz tiezo que un garrote! Mardita zea la hora en que ce me ocurrió zalí zolo de caza! ¿Y con to loz españole que dicen que hay en Alemania y que ni por chiripa me haya tropezao con ninguno! ¡Vamo, que tié guaza la coza! Aquí hay otro bar. **(Leyendo el cartel luminoso**.**)** Znell gaztate. ¡Claro, zi no te gazta en él te echan a la puta calle! Entraré a preguntá, a ver zi hay zuerte.

(Entra en el bar y se dirige a la barra. MANFRED **le mira de arriba abajo con cierta indiferencia**. **Los que están sentados se han percatado de su presencia y le observan**.**)**

PACO.- **(Hablando muy alto y muy lentamente para hacerse entender mejor**.**)** Oiga uzté, zeñó mecié. ¿Uzté zabé por ande caé la callé que está escrité en este papé?

(Le muestra un papel arrugado, **pero** MANFRED **ni lo coge**. **Simplemente dice**:**)**

MANFRED.- *Nich verstehe*.

PACO.- **(Desesperado.)** ¡Ná! ¡Otro iguá, con la mizma canción! ¡Ni feztén, ni feztén, ni feztén!

MANFRED.- ¿*Bitte*?

PACO.- ¡Pero, qué pite ni qué pito! Vamo, que le metía er papé azí en toa la boca... ¿Jerá pozible ezto?

(Todos los de la mesa, **que le han observado**, **se echan a reír**. PACO **los mira con gesto de enfado**.**)**

ESTEBAN.- ¡Anda, macho, que si no fuéramos nosotros españoles, te iban a entender pronto!

PACO.- Pero, ¿zoiz ustedez ezpañolez? ¡Graciaz a Dioz! Ezta noche le enciendo una vela a la Virgen de la Anguztia, porque hazta hoy no he zabío yo lo que era la anguztia.

CECILIO.- Siéntate y descansa un poco, hombre. Tómate una cerveza.

PACO.- ¿Una cerveza? ¿No tenéiz uztede un vazo vino, mejó?

CECILIO.- Sí, hombre. Pero no es igual que el nuestro. ¡Manfred, trae un vaso de vino!

(MANFRED **le sirve un vaso de vino**. PACO **se lo bebe de un trago y le indica a** MANFRED **que lo vuelva a llenar**.)

PACO.- No zabéis uztede lo que ez etarze perdío por ezaz calle de Dio. Y ar que dijo ezo de que preguntando ce va a Roma me hubieze guztao verle como me he visto yo.

ESTEBAN.- ¿Llevas mucho tiempo en Alemania?

PACO.- ¡Qué va! ¡Yo vine la zemana pazá! Lo que paza ez que ce me ha ocurrío zalí zolo y me he perdío.

CECILIO.- ¿Has preguntado a mucha gente?

PACO.- Por lo meno, a cuarenta. Pero toz me decían iguá: o ni fezté, como eze, o pite.

(Todos ríen.)

Zí, reírze ustedes, pero yo ya eztoy jarto de tanto pite y de tanto pito porque no conciento que nadie ce pitorree de mí, por que me cago en toaz zuz mula. Ahora que, déjalo, que como argún día me encuentre un tío de eztoz en mi pueblo y me pregunte por arguna calle, le voy a mandá al Pozo del Tío Raimundo eze que, zegún dicen, ez una zucurzá de Andalucía.

CARLOS.- Dame ese papel. **(Lee.)** *Bernhardletterhausstrasse, hunder vier seben.*

PACO.- ¡Cazi ná! ¡Anda que ze quean cortos poniendo letra eztoz cabeza cuadrá!

ESTEBAN.- Pero si esta es la calle en que vivimos nosotros. Está ahí cerca.

CARLOS.- ¿Dónde trabajas tú?

PACO.- En la Talwerque eza, o como ce llame.

CECILIO.- Entonces, no te preocupes. Estás ya en casa.

(Siguen bebiendo y hablando aparte. **En la barraca**, DANIEL **está más recuperado.)**

DANIEL.- Tengo pasaporte, pero no me dieron el visado. Me arriesgué. En la frontera no nos dejaron pasar a ni a mí ni a otros diez que venían igual que yo. Nos fuimos a campo traviesa, andando. Esperamos a que se hiciera de noche y cruzamos por un sitio. Pero nos descubrieron y salimos corriendo, dispersándonos para hacer más difícil la persecución. Cogieron a varios, pero yo logré escabullirme. Llevo tres noches andando. Durante el día me escondía para que nadie me viera. De milagro no he muerto de hambre y de frío.

GUILLERMO.- Ya estás a salvo, rapaz. Aquí hay una cama vacía, que pronto se ocupará por otro emigrante. Pero hay que

tener cuidado. Hay un vigilante que cuida de todos estos barracones, pero no suele entrar en las habitaciones.

FELIPE.- De momento te quedarás con nosotros. Trataremos de que encuentres algún trabajo clandestino. Conozco a varios en tu misma situación.

DANIEL.- Muchas gracias. Así podré ganar dinero y mandarle a mi mujer. Está embarazada de ocho meses. En mi casa no hay un duro y vivimos con la ayuda de la familia. Yo no tenía trabajo y tuve que arriesgarme. He tenido más suerte que los compatriotas que venían conmigo. A la mayoría los cogieron.

GUILLERMO.- Yo conozco a las monjas de Cáritas. Hacen mucho por los emigrantes, especialmente a los que vienen como tú. Buscarán la forma de arreglarte los papeles y de que puedas traer a tu mujer.

DANIEL.- Estoy contento por haber logrado pasar y encontraros a vosotros. Si me descubren los alemanes me hubiesen mandado para España. Pero estoy desesperado. A mi mujer la he dejado sin un duro. ¡No hay en el mundo nadie más desgraciado que yo!

GUILLERMO.- Non digas eso, rapaz. Para todos nosotros, los pobres, la vida ha sido muy dura

FELIPE.- No nos has dicho cómo te llamas.

DANIEL.- Daniel García Pérez. Tengo veintidós años.

FELIPE.- Bien, Daniel. No eres el más desgrasiado. Yo no estoy casado. Recuerdo cuando era un niño allá en mi tierra. Mi madre, viuda, trabajaba asistiendo en las casas y lavando ropa en el río. Cuando llegaba por la noche reventada de trabajar, yo le daba masajes en los pies y le desía que cuando fuera grande la quitaría de trabajar. Y yo, siendo ya un moso, con una musculatura capaz de matar a un toro de un puñetaso, no podía quitar a mi madre de trabajar porque no tenía trabajo. Y trabajando como una esclava murió la pobresita mía. Salí del pueblo escupiendo y madisiendo. Me fui a Bilbao y después de seis meses trabajando en la construssión, pude entrar en una fábrica.

DANIEL.- Ahora serás muy feliz aquí. En Alemania se gana mucho dinero, ¿verdad?

GUILLERMO.- Sí. Se gana mucho dinero. Pero es muy duro para los que tenemos a la muyer y a los rapaciños en España.

FELIPE.- No te preocupes, Daniel. Nosotros te ayudaremos en todo lo que podamos. Y traeremos a tu mujer.

DANIEL.- ¡Qué suerte he tenido al encontraros! Sabiendo lo que has pasado tú me siento menos desgraciado y con esperanza. Así que trabajaste en una fábrica en Bilbao. ¿Y por qué te viniste teniendo trabajo? Bueno, no quiero indagar en tu vida, perdona.

FELIPE.- No, no. Cuando llegué al País Vasco yo no tenía consiensia de la problemática social, a pesar de haber sido pobre. Allí me encontré con militantes obreros que luchaban en la empresa por la promoción de todos los compañeros, y en la calle, contra la distadura franquista. Pronto me integré en un partido. La solidaridad y la lucha con los compañeros cambió totalmente mi vida. Pero, como a tantos luchadores, me detuvo la policía, fui a la cárcel. Cuando me dieron la libertad mi nombre figuraba en todas las listas negras de Euskadi. Y no tuve más remedio que emigrar.

DANIEL.- ¡Vaya historia! Pero aquí estás bien. Creo que el trabajo en las fábricas alemanas no es muy duro.

GUILLERMO.- No. Da gusto trabajar. Te dan, además, la comida del medio día. Una comida buena y abundante.

DANIEL.- Sí; ya me informaron algunos que estuvieron aquí.

FELIPE.- Lo malo del trabajo es que es al «*akkord*».

DANIEL.- ¿Y eso qué es?

GUILLERMO.- Al acuerdo, traducido literalmente. La empresa te marca una producción y la tienes que sacar.

FELIPE.- A destajo. El «*akkord*» es un método científico que los alemanes han inventado para exprimirnos y sacarnos todo el jugo a los españoles.

DANIEL.- No entiendo.

FELIPE.- Es muy sensillo. Nada más llegar te ponen en un sitio para limar un tornillo, por ejemplo; a tu lado se pone un alemán con cara de perro pachón y un cronómetro en la mano; te dise que trabajes ligero. Uno, como es nuevo y viene con ganas de agradar, trabaja deprisa. Cuando pasan unos minutos, para el cronómetro y cuenta los tornillos que has limado. Por ejemplo: en un minuto, dies tomillos. Multiplica dies por sesenta minutos y ya sabes que tienes que limar seiscientos tomillos a la hora y en las ocho horas cuatro mil ochocientos tomillos.

Trabajas con ilusión, con alegría. Pero cando vas por el tomillo tres mil es cuando te empiesas a acordar de la madre que parió a todos los alemanes.

GUILLERMO.- Pero el destajo se saca bien. Además, te desquitan de la cuenta quince minutos para tomar el bocadillo y otros quince para ir al servicio o fumar un cigarro.

FELIPE.- Es un método inhumano. Lo mismo que vivir en esta barraca, como los que estaban prisioneros en los campos de consentrasión. Pero esto se va a acabar pronto.

GUILLERMO.- Esta barraca tiene agua caliente, calefacción y una cocina para hacernos la cena.

FELIPE.- Pero no deja de ser una infame barraca.

GUILLERMO.- Ojalá tuviera yo en mi pueblo todas estas comodidades. No, Felipiño. Esto está bien, y el trabajo, también es bueno.

FELIPE.- Tenemos que conseguir una vivienda como es debido y un método de trabajo más humano. Hay que ir a la huelga.

DANIEL.- No sé, pero a mí me parece que esta vivienda está bien y el trabajo, también.

FELIPE.- No, Daniel, no. Existe mucha injusticia. Los alemanes tienen residencias para hombres y para mujeres, pero no para matrimonios. Tu paisano Severino tiene a su mujer aquí trabajando, pero tienen que dormir separados en residencias diferentes.

GUILLERMO.- A ellos eso no les importa.

FELIPE.- Porque no tienen consiencia de su dignidad. Y el trabajo no te mata, es verdad; pero el trabajo, que debe ser para dignificar al hombre, aquí lo envilece, le hace gilipollas.

DANIEL.- ¿Por qué?

FELIPE.- Mira. Yo estoy en una cadena de produssión. Me llega una pieza a la que tengo que ajustar otra y dejarla pasar al siguiente que está en la cadena. Así todo el día: la misma piesa, el mismo movimiento. No puedes ni toser, porque si no ensamblas las dos piesas, la cadena se interrumpe, se altera. La inteligensia no te hase falta, eres una piesa más dentro de la máquina. Eso te embrutese.

GUILLERMO.- Pero eso no lo puedes tú cambiar ni con mil huelgas. Todas las fábricas son así. Puede que tengas razón, que pudieran poner otros medios de producción, mejores viviendas. Pero estamos en un país extranjero y si alteras el orden con huelgas te ponen en la frontera. Yo tengo cuatro hijos y no me puedo arriesgar.

FELIPE.- Ya salió el tema de siempre, los hijos. ¿No te das cuenta de que con esa postura, la sociedad no puede cambiar y tus hijos estarán condenados a la vida que tú has tenido? Pero no hay manera contigo. Te resbalan los desprecios, las humillaciones...

GUILLERMO.- ¡Cállate! **(Pausa.)** Nada de lo que dices me resbala. Sé que los obreros alemanes me desprecian por ser extranjero y me humillan, pero me callo; me gustaría comer jamón en vez de tocino, pero me aguanto; no me gusta este maldito país, pero lo sufro sin quejarme. Sólo combato mi morriña con la esperanza de ver pronto a mis rapaciños y a mi muyer. Necesito ganar dinero, ahorrar, ahorrar, ¡ahorrar! Yo no puedo hacer que una fecha llegue antes, pero puedo conseguir una cantidad de dinero más pronto, si ahorro, si me privo de muchas cosas que me gustan. Los fines de semana voy a fregar platos a un restaurante y con eso gano para comer y puedo mandar todo el jornal a mis hijos. Y todo este sacrificio lo hago por ellos. Non me digas que me resbalan las humillaciones y los desprecios. ¡Non me digas eso Felipiño! ¡Non me lo digas!

(Se va deprisa, **sollozando**. **En el bar**:**)**

CARLOS.- Bueno, muchachos, me voy. ¿Qué te debo de esta ronda, Manfred?

MANFRED.- *Drei Mark funfundfünfzing féninger*.

CARLOS.- (**A** PACO.) Tres marcos y cincuenta y cinco céntimos. Tienes que aprender alemán.

PACO.- Si yo el alemán lo hablo mu clarito, lo que paza ez que no me entiende ni Dio. Y es que estoz alemanes zon mu torpe. ¿Tú ve a eze? (**Por** MANFRED.) Puez a eze en Ezpaña le entiendo yo, como a to loz extranjeros. Porque yo entiendo to loz idioma der mundo, por zeña. Yo por zeña me entiendo con to er mundo, meno con eze jolo zimplón.

ESTEBAN.- Tomad otra cerveza, que ahora invito yo.

CARLOS.- No me entretengo ni un minuto más. Adiós a todos.

CECILIO.- Te acompañamos a la estación.

(Salen todos a la calle. **En ese momento entra** ROCÍO. **Es una mujer de edad indefinida**, **ya que la cara se la cubre casi toda ella la cabellera descuidada**. **Va con la cabeza baja sin intención de saludar ni tener contacto con nadie**. **Los que se cruzan con ella la miran**, **cada uno de distinta manera**, **según lo que cada uno ha manifestado sobre ella**.**)**

CARLOS.- **(Con afecto**.**)** Adiós, Rocío. Me voy a España.

ROCÍO.- Te deseo un buen viaje.

CARLOS.- A mi regreso te hablaré. Hay mucho que hacer por aquí. Tú en eso eres muy valiosa, si quisieras.

ROCÍO.- No quiero. Pero gracias por interesarte por mí.

CARLOS.- Sabes que no soy el único. Adiós Rocío. Cuídate.

ROCÍO.- Gracias. Adiós.

(Se van todos. ROCÍO **entra en el bar**. **Se sienta en la mesa del centro**. MANFRED **acude con una botella de licor y una copa**. **Le sirve**, **pero no se mueve del sitio en espera de que** ROCÍO **beba**. **Esta lo hace de un solo trago**, MANFRED **le llena de nuevo la copa y vuelve a la barra**. **En la residencia entra** GUILLERMO **en pijama**.**)**

FELIPE.- Perdona si te he molestado. No era mi intención.

GUILLERMO.- Non te preocupes, Felipiño. No es la primera vez que discutimos sobre el tema. Puedes acostarte. Yo cuidaré de Daniel. Tengo aquí las sábanas. Le prepararé la cama.

DANIEL.- No, no. Yo me haré la cama. Bastante os he molestado ya. Iros a la cama.

GUILLERMO.- Tu cama es la de arriba. Yo me voy a dormir. Mañana trataremos de buscar solución a tu problema. Buenas noches.

DANIEL.- Buenas noches, Guillermo. Gracias por haberme salvado la vida.

(GUILLERMO **hace un gesto como quitando importancia a lo que le dice** DANIEL, **y se acuesta en la cama de abajo**. FELIPE **y** DANIEL **siguen hablando aparte**. **Por la calle aparece** NICOLÁS. **Es un joven de unos veinticinco años**. **Entra en el bar y se dirige a la barra**.)

NICOLÁS.- *Eine bier, bitte*.

MANFRED.- Ya vol.

(MANFRED **le sirve una cerveza**. NICOLÁS **mira a su alrededor con actitud indiferente**. **Ve a** ROCÍO **que está de espaldas a él**. **Enciende un cigarro**. **Vuelve a mirar a** ROCÍO **y empieza a sentir curiosidad**. **Disimuladamente va al final de la barra con el fin de verla mejor**. **Se acerca a ella**.)

NICOLÁS.- ¿Rocío?

(ROCÍO **vuelve la cabeza y le mira**.)

¡Rocío!

ROCÍO.- **(Más bien con desagrado.)** ¿Qué haces tú por aquí?

NICOLÁS.- Hace tiempo que te buscaba. Sabía que andabas por esta zona. ¡Por fin te he encontrado!

ROCÍO.- Pues ya me has encontrado. Ahora déjame en paz.

NICOLÁS.- Te he buscado incesantemente. Me dijeron que vives sola, aislada de todo el mundo, que bebes y que a veces te han visto... borracha.

ROCÍO.- Los españoles hablan demasiado. No quiero cuentas con nadie. Y menos, contigo.

NICOLÁS.- Sé que no me has perdonado, pero necesito explicarte que yo fui otra víctima, como tú. Sé que estuviste en la cárcel. Pero todo aquello pasó. Lo tienes que olvidar.

ROCÍO.- Hay cosas que no se pueden olvidar, ni perdonar. ¡Déjame en paz!

NICOLÁS.- Yo no he podido olvidarte. Recuerdo cuando llegué del pueblo a la fábrica. ¡Hiciste tanto por mí!

ROCÍO.- Sin embargo, me traicionaste. Me abandonaste.

NICOLÁS.- Eso sería muy largo de contar. Tenemos otra vida nueva por delante y hay que vivirla con el mismo entusiasmo que tú nos transmitías entonces.

ROCÍO.- Aquello pasó a la historia. Quiero vivir la vida a mi manera, sola, sin volver a confiar en nadie.

NICOLÁS.- Una vez me dijiste que una persona puede perderlo todo y seguir siendo persona; pero lo que no puede perderse es la autoestima, la dignidad, porque sin dignidad no se puede vivir. No creo que hayas perdido la dignidad, pero tu autoestima está por los suelos.

ROCÍO.- ¡He dicho que me dejes en paz! ¡Vete!

NICOLÁS.- Quiero ayudarte, queremos ayudarte.

ROCÍO.- No quiero ayuda de nadie, y menos de ti. ¡Vete, te digo!

NICOLÁS.- Me voy. Te he encontrado por fin y eso es lo que importa. Estoy seguro de que volverás, por tu bien y por nuestro bien. Adiós, Rocío. Te volveré a ver.

(NICOLÁS **se va y desaparece en la calle**. ROCÍO **hace una seña a** MANFRED, **que acude con la botella y llena la copa**. **En la barraca**:)

DANIEL.- Pero novia sí tendrás, ¿no?

FELIPE.- No. Hay una que me gusta una jartá, pero yo, para eso, soy muy cortado y todavía no he sido capaz de desírselo.

DANIEL.- Pues como no andes listo, te la quitan.

FELIPE.- No; esa no me la quita nadie. Yo sé por qué lo digo. Bueno, vamos a dormir.

DANIEL.- Si no te importa, me gustaría escribir una carta a mi mujer para decirla que ya estoy aquí.

FELIPE.- No te preocupes. No me molesta la luz.

(FELIPE **sale**. ROCÍO **busca en el bolso y pone unas monedas sobre la mesa**. **Se levanta y va hacia la puerta**.)

ROCÍO.- Buenas noches.

MANFRED.- *Guten nach*.

(ROCÍO **sale a la calle**, **dando un traspié en el escalón**. **Está visiblemente ebria**. **Da un paso en dirección al foro**, **pero vuelve y se apoya de espaldas en el quicio del bar**, **junto a la puerta**. DANIEL **escribe**, **observa la habitación**. ROCÍO **sigue igual**, **pero ahora solloza mirando a las alturas**. **Lentamente cae el telón**.)

CUADRO SEGUNDO

La barraca está a oscuras. **En el bar están reunidos** GUILLERMO, FELIPE, PACO, ESTEBAN y CECILIO. **Éste**, **sentado ante un papel y un bolígrafo en la mano**.

EMPIEZA LA ACCIÓN.

FELIPE.- (**Dictando a** CECILIO.) ...a la vista de estos hechos exigimos...

GUILLERMO.- Es una carta al director. ¿No sería mejor poner «suplicamos»?

FELIPE.- No. Queremos nuestros derechos y eso no se suplica: se exige.

GUILLERMO.- Pues yo, siempre que he tenido que hacer una instancia, he puesto suplico. De todas formas, si nos lo dan por las buenas...

ESTEBAN.- ¡Qué te van a dar por las buenas, so lila!

CECILIO.- Dejaros de discutir, y al grano.

PACO.- Que ce ponga como dice mi paizano.

CECILIO.- Ya está puesto. ¿Qué más? Sigue, Felipe.

GUILLERMO.- No queréis razonar. El día que llegamos aquí nos leyeron las condiciones del contrato. No podemos exigir.

PACO.- ¿Y tú te enterazte de lo que te leyeron?

GUILLERMO.- Un intérprete me lo tradujo, como a todos.

PACO.- El intérprete que me lo leyó a mí zabía el ezpañó como yo ce el alemán. No le entendí ni papa.

CECILIO.- Pero, vamos a ver, Guillermo: ¿Tú no estás de acuerdo con lo que pedimos?

GUILLERMO.-¡Toma! ¡Claro que estoy de acuerdo! Pero no estoy de acuerdo con esa forma de pedir. Me da miedo.

FELIPE.- Si estamos todos unidos, nos escucharán. Esto que estamos haciendo ya lo han hecho en otras fábricas y los han cambiado a residencias en el centro de la ciudad.

ESTEBAN.- Sigue escribiendo y no hagas caso a éste.

FELIPE.- ¿Por dónde íbamos?

CECILIO.- **(Leyendo.)** A la vista de estos hechos exigimos... ¿Pongo exigimos, o no?

FELIPE.- Sí. **(Dictando.)** Que nuestros salarios sean iguales a los de los trabajadores alemanes que ejercen nuestra misma actividad; que las barracas donde vivimos sean sustituidas por residencias en un edificio. Si dentro de una semana no somos llamados a negociar, iniciaremos una huelga de horas extras, con el apercibimiento de que si, ni aún así, no son atendidas nuestras reivindicaciones, la huelga será total.

GUILLERMO.- No se te olvide poner que las habitaciones han de tener baño y teléfono.

CECILIO.- Sin guasa, ¿eh?

FELIPE.- Lo principal ya está dicho, termina con el saludo, firma y que firmen todos. Tenemos que andar con pies de plomo, porque lo difícil empieza ahora. Lo más seguro es que nos llamen de uno en uno. Si nos proponen algo particular, debemos negarnos y pedir que nos reciba a la comisión entera. Tratarán de amedrentarnos.

PACO.- Entonces, ya verás como alguno se raja.

ESTEBAN.- Al que se raje, le partimos la boca.

GUILLERMO.- Pues para eso, primero, debíamos informar a todos y que en asamblea se decidiera.

CECILIO.- ¿Entonces, para qué se ha elegido una comisión?

GUILLERMO.- ¡Para nada! Yo formo parte de esta comisión y no me hacéis caso.

ESTEBAN.- Si te hacemos caso a ti estamos perdidos.

GUILLERMO.- Mi voz tiene tanto valor como la tuya. Por algo me han elegido mis compañeiros.

ESTEBAN.- ¿Tus paisanos? ¡Valiente representación!

GUILLERMO.- **(Excitado.)** ¡Cualquiera de mis compañeiros vale más que tú para trabajar!

ESTEBAN.- Pero, vamos a ver, ¡so gilipollas!...

GUILLERMO.- ¡Un momento! Retira eso que has dicho.

ESTEBAN.- ¿Qué dices? ¡Anda, el tío este, ahora resulta que se ha chingao!

GUILLERMO.- ¡He dicho que lo retires!

ESTEBAN.- Pero, hombre, no lo tomes así.

GUILLERMO.- **(Cogiendo una botella.)** ¡Que te abro la cabeza!

ESTEBAN.- Está bien, lo retiro. Perdona.

GUILLERMO.- A mí se me respeta, como yo respeto a todos.

CECILIO.- Si el que más se va a beneficiar de esto eres tú, que tienes cuatro hijos. A Esteban y a mí nos da igual.

GUILLERMO.- Ya sé que a vosotros os importa poco el resultado. Más que emigrantes, parecéis turistas. Vivís como reyes y gastáis todo lo que ganáis. Pero yo me juego el pan de mis hijos y tengo que ser prudente.

FELIPE.- Eso ya lo sabemos. Hay muchos compañeros con hijos. Pero ten en cuenta que todas las conquistas sociales de los trabajadores han costado sangre y lágrimas. No seas un freno en la lucha obrera.

GUILLERMO.- Yo no me opongo a lo que pedimos. Sólo pido cautela y prudencia. Estamos en un país extranjero ganando mucho más de lo que ganamos en España y mejor considerados que allí. A mí, todos los días, me da la mano el director cuando pasa a mi lado por las mañanas. Ese respeto y consideración jamás lo he tenido en España. Y me gusta. Y yo tengo que respetarlos a ellos.

FELIPE.- El respeto y la consideración no consisten en que te dé la mano el director, sino en establecer condiciones dignas. ¿De qué te vale esa consideración si estás viviendo en una barraca, y si los casados no tienen residencias de matrimonios y tienen que vivir separados? Ese director que te da la mano por las mañanas te da un puntapié en la calle cuando no te dejan entrar en una cafetería.

MANFRED.- Eso no es cierto. A ningún español le echan a la calle por ser español, sino por su aspecto o comportamiento.

FELIPE.- ¡Y una mierda para ti!

MANFRED.- ¿Lo ves? ¿Es eso forma de tratarme? Aquí en las empresas se os trata bien, se os mima. Vosotros vivís en esas barracas, provisionalmente. Son cientos de miles los emigrantes que llegan y no da tiempo a construir con la rapidez necesaria. Otros, antes que vosotros, vivían así, pero hoy viven en edificios modernos y confortables.

ESTEBAN.- Pero los que se están quejando ahora no son esos, sino nosotros.

FELIPE.- Tenemos que luchar por nuestros derechos. Eso tú no sabes lo que es porque eres alemán.

MANFRED.- Lo sé tanto, o mejor que tú. Cuando terminó la guerra, todos los alemanes hacíamos horas extras gratis, incluso en trabajos distintos al nuestro, como cargar y descargar camiones de cemento y de ladrillos. Y lo hacíamos con alegría, por patriotismo, para levantar nuestra nación. Cuando la industria se desarrolló, exigimos nuestros derechos. La patronal

tenía poca fuerza frente a nuestro sindicato. Pero abrieron las puertas a la emigración y Alemania se inundó de españoles, de polacos, de marroquíes, de turcos, de yugoslavos, y nuestra lucha se debilitó. Yo estoy jubilado por accidente. Perdí un pie y, a pesar del milagro alemán, tengo una ridícula pensión que no me da para vivir y tengo que tener este bar.

CECILIO.- ¡Coño! ¡Eso yo no lo sabía!

ESTEBAN.- Yo tampoco. A veces te he tratado mal. Te pido perdón.

MANFRED.- Gracias.

FELIPE.- El capitalismo no tiene patria. Son como los trileros: si algún día les presionan los sindicatos ponen la industria en otro sitio, en otro país. El capitalismo es internacional. Por eso la lucha obrera debe ser internacional. **(Levanta el puño cerrado y canta.)** Arriba parias de la tierra... **(Pero nadie le secunda y calla.)**

GUILLERMO.- Me voy a preparar la cena.

FELIPE.- Espera. Voy contigo. **(A** CECILIO **y a los demás.)** Lo dicho: que firmen todos y mañana lo entregaremos.

(Salen a la calle FELIPE **y** GUILLERMO **y entran en la barraca.)**

GUILLERMO.-¿Qué tal le irá a Daniel?

FELIPE.- Por lo menos, tiene trabajo, aunque sea clandestino y sin derechos. Es una pequeña fábrica de embutidos. Sólo hay dose personas trabajando. Esa empresa admite emigrantes sin papeles, pero los explotan bien.

GUILLERMO.- Esa carnicería no tiene muy buena fama. Yo nunca compro allí. Sabe Dios qué clase de carne echará en los embutidos.

FELIPE.- Vende poco aquí, pero produce mucho para fuera. Son unos negreros. Pero no hay otra cosa de momento.

(Por la calle entra AGUSTÍN **y** EULOGIO. **Este es un chaval muy joven**, **delgado y con aspecto debilucho.)**

EULOGIO.- Pues sí que es mala suerte, hombre.

AGUSTÍN.- Pero no te preocupes. En este bar hay muchos españoles que saben leé y escribí.

(Entran en el bar.)

ESTEBAN.- ¡Ya está aquí Agustín!

CECILIO.- ¡El hombre más feliz en Alemania!

ESTEBAN.- ¿Éste es tu nuevo compañero?

CECILIO.- ¡Extremeño! ¡Seguro que es extremeño!

AGUSTÍN.- ¿Y cómo lo sabes tú?

ESTEBAN.- Eso salta a la vista. Si se le menea un poco, caen bellotas.

(ESTEBAN **y** CECILIO **ríen**.)

AGUSTÍN.- Bueno, pues ya te han calao este par de malasombras.

EULOGIO.- Es que los guarros güelen las bellotas a media legua.

AGUSTÍN.- ¡Toma! ¡Vaya corte!

CECILIO.- ¡Chacho, chacho, lo que sabe el belloto éste!

ESTEBAN.- ¿Y éste trabaja contigo en la fábrica de salchichas?

CECILIO.- Oye, ¿es verdad lo que me han dicho?

AGUSTÍN.- ¿Y qué es lo que te han dicho?

CECILIO.- Que a los españoles que trabajan en la fábrica de salchichas les ponen bozal.

AGUSTÍN.- ¡Te vas a cachondear de tu padre!

ESTEBAN.- No se te va a poder gastar una broma.

EULOGIO.- Pos esas bromas no están bien. A nusotros no mos ponen bozal porque mos dan mu bien de comé.

CECILIO.- Me alegro, hombre.

ESTEBAN.- Te habrá cogido desentrenado, claro.

EULOGIO.- ¿El trabajo?

ESTEBAN.- No; el comer todos los días.

(Ríen los dos.)

AGUSTÍN.- ¡Que os la estáis buscando y os voy a meter el puño!

EULOGIO.- Pos sí, señó, es verdá. Yo no he comío nunca como estoy comiendo aquí. ¡Y si viera usté el jartón de llorá que me pegué el primer día!

ESTEBAN.- ¿Por qué?

EULOGIO.- Porque me daba no sé qué comé tanto pensando en que mi padre está malo y no pué comé lo que necesita.

ESTEBAN.- **(Serio.)** ¿Qué enfermedad tiene tu padre?

EULOGIO.- ¿Y yo qué sé? Yo, lo que sé que él estaba paliucho y aginao y un día jué al méico y le dijo, dice: míe usté a ve si en argún cacharrino de esos que hay en la botica hay argo pa curalme esta flojera y este ajogaero. Y le dijo el méico que en la botica no había na, porque lo que él necesitaba eran chorizos, jamones y proteína. La proteína ésa yo no sé lo que será, pero chorizos y jamones en mi casa no lo habido nunca.

CECILIO.- Perdona la broma.

ESTEBAN.- Yo no sabía...

EULOGIO.- Y por eso, ca ve que me jarto de comé, endispué me jarto de llorá. Hasta que me paguen aquí y le puea mandá un giro con perras pa que se jarte de comé.

CECILIO.- Te voy a prestar doscientos marcos que, al cambio, son tres mil pesetas. Se los mandas ahora mismo a tu padre y ya me los devolverás cuando cobres.

EULOGIO.- ¡Chacho! ¿Pero, sin conocelme de na me va a da usté dinero?

ESTEBAN.- Sí, hombre, sí. Y si no es bastante, te presto yo otros doscientos.

AGUSTÍN.- ¡El primé detalle bueno que sus veo, porque vosotros sois más dañinos que un cochino en un jabá! Vamos ahora mismo a poné el giro.

EULOGIO.- ¡Chacho! ¿Y la carta?

AGUSTÍN.- ¡Anda! ¡Ya no me acordaba!

CECILIO.- ¿Qué pasa?

AGUSTÍN.- Pos que éste vino el mesmo día que se fue Carlos, que era el que me escribía y leía las cartas, y como aquí tampoco sabe escribí, venía a...

CECILIO.- Eso no es problema. Ahora mismo te la escribo yo. ¿Tienes papel?

EULOGIO.- Sí señó. Mi madre me echó papeles y sobres con el sello ya pegao y to. **(Le da unos papeles.)**

CECILIO.- Este sello no vale. Es de España.

EULOGIO.- Es que la carta va pa España.

CECILIO.- Sí, pero el sello tiene que ser alemán.

AGUSTÍN.- No te preocupes, eso me pasó a mí al principio, aunque sigo sin entender por qué si la carta va a España hay que ponerle un sello alemán.

(Siguen hablando aparte. CECILIO **escribe**. **Por la calle entra** DANIEL **con una mano vendada y el brazo en cabestrillo**. **Entra en la barraca**.**)**

GUILLERMO.- ¿Qué te pasó, rapaz?

DANIEL.- He tenido un accidente. Estaba nervioso. El trabajo se me amontonaba y me llamaron la atención por ser demasiado lento.

FELIPE.- ¿Qué trabajo estabas haciendo?

DANIEL.- En la fábrica de embutidos que me buscasteis me pusieron en la sierra para cortar los huesos en trozos pequeños. Los huesos se amontonaban y me metían prisa.

GUILLERMO.- Pobriño. Siéntate aquí. ¿Quién te ha curado?

DANIEL.- La mujer del jefe. Creo que la herida es profunda. Se me escapó un hueso y al apretar metí la muñeca en la hoja de sierra.

FELIPE.- ¿No te han puesto la inyección del tétanos?

DANIEL.- No. Me han dado la cuenta. No podré volver allí.

FELIPE.- Eso lo hacen para evitarse responsabilidades. Les pondrían una fuerte multa por dar trabajo clandestino. Ahora negarán que te has accidentado allí.

GUILLERMO.- Iré a la farmacia por la inyección y se la pondré yo. Aprendí a poner inyecciones a mis rapaciños.

FELIPE.- Esos tíos son todos iguales. El látigo de los antiguos esclavos los han sustituido por el cronómetro. Para esta gentuza el hombre sólo es una pieza más de la máquina. Estamos subordinados a sus intereses, como la maquinaria o las materias primas.

DANIEL.- Se me está hinchando la mano. Me tendría que ver un médico.

FELIPE.- Sí, es un riesgo esa herida; pero el médico es otro riesgo. Haría un informe y la policía se enteraría. Lo más urgente es la inyección de tétanos. Vigilaremos esa herida y en caso de gravedad llamaremos a un médico.

DANIEL.- Eso es lo que me faltaba. ¡Soy desgraciado! Ahora no podré ganar dinero y no podré mandarlo a mi mujer. ¡Y está embarazada de ocho meses! **(Llora.)**

GUILLERMO.- ¡Non chores, rapaz! Nosotros te ayudaremos y te cuidaremos. Iré a Cáritas y les explicaré la situación. Allí habrá médicos o enfermeros que te cuidarán y no te denunciarán a la policía.

FELIPE.- ¡Los machos no lloran, Daniel! ¡Levanta ese ánimo!

GUILLERMO.- Voy a la farmacia por la inyección y a Cáritas para exponerles el caso.

(Sale a la calle. FELIPE **ayuda a** DANIEL **a desvestirse y lo acuesta en la cama**. **En el bar**, CECILIO **ha terminado la carta**.**)**

CECILIO.- Bueno; ya está. Ahora vais a correos y ponéis la carta urgente y el giro telegráfico. Así lo recibirán enseguida.

EULOGIO.- Pos muchas gracias, ¿eh?

CECILIO.- Nada de gracias. Para eso estamos los españoles: para ayudarnos.

AGUSTÍN.- ¡Hala! ¡Vamos antes de que cierren!

(**Se van** AGUSTÍN, EULOGIO **y** PACO.)

ESTEBAN.- ¿Nos vamos a bailar?

CECILIO.- ¿Dónde? ¿Al baile del Centro Español?

ESTEBAN.- ¡No, no! Al de las viudas. Ahí se sacan planes fáciles. Y hasta te dan dinero.

CECILIO.- No me gusta ese baile. No hay más que vejestorios.

ESTEBAN.- ¡Tú eres un pasmao! ¿No viste la titi que me ligué el último día? Estaba muy buena.

CECILIO.- Es que tú tienes un morro que te lo pisas.

ESTEBAN.- Y tú no te comes una rosca.

CECILIO.- A mí me gusta el baile del Centro Español. Hay chavalas españolas estupendas. Yo quiero ligar, pero con una española. Tengo ganas de una novia fetén.

ESTEBAN.- Ahí se aburren hasta las vacas. Yo quiero follar, ¿sabes? Y si te ligas a una española y le haces una tripa tienes que cargar con ella.

CECILIO.- Hoy no voy. Tengo que pasar este escrito a limpio para que me lo firméis todos.

ESTEBAN.- Pues me voy yo solo a las viudas.

(Se van los dos. GUILLERMO **llega muy deprisa y entra en la barraca**. **Trae una jeringuilla**, **la llena con un frasco y le pone una inyección a** DANIEL. **Por la calle llega** ROCÍO **y entra en el bar**. **Se sienta en la mesa del centro y** MANFRED **va a ella con una botella y una copa**. **La sirve y espera**.**)**

ROCÍO.- No. Hoy no quiero más. Gracias.

(MANFRED **vuelve a la barra**. GUILLERMO **termina y tapa a** DANIEL.)

GUILLERMO.- Ya está. Ahora es conveniente que duerma y se tranquilice. Mañana me pasaré por Cáritas.

FELIPE.- Me voy a dar una vuelta. Hasta luego.

(Sale a la calle. **Duda entre salir o entrar en el bar**. **Por fin decide entrar en el bar**. **Ve a** ROCÍO **y va tímidamente hacia ella**.**)**

FELIPE.- Hola, Rosío.

ROCÍO.- **(Afectuosa**.**)** ¡Hombre, Felipe!

FELIPE.- ¿Puedo... puedo sentarme?

ROCÍO.- ¡Claro que sí! ¿Qué tal van tus asuntos? Ya me he enterado de que tienes a los obreros españoles de tu fábrica en pie de guerra.

FELIPE.- Hay que aprovechar las vacasiones para presionar.

ROCÍO.- ¿Crees que vas a conseguir algo?

FELIPE.- No lo sé. Pero hay que fomentar y mantener la lucha. La gente es muy apática.

ROCÍO.- Sí, es verdad. La mayoría son gentes de pueblo y muchos son analfabetos. No han trabajado nunca en una fábrica y no tienen experiencia de lucha.

FELIPE.- Por eso hay que enseñarles.

ROCÍO.- Sí. Pero el éxito es cuestión es de método.

FELIPE.- Rosío, yo... yo quería...

ROCÍO.- ¿Que me sume a esa huelga?

FELIPE.- No es eso. Verás... Yo... yo te apresio mucho, ¿sabes?

ROCÍO.- Sí, lo sé. Yo también te aprecio a ti.

FELIPE.- Pero es que yo te apresio de otra forma.

ROCÍO.- ¿De qué forma?

FELIPE.- Pues... no sé cómo desírtelo. Yo... yo te quiero.

ROCÍO.- ¿Cómo que me quieres?

FELIPE.- Pues, ¿cómo va a ser? Pues así, que te quiero. Desde hase mucho tiempo.

ROCÍO.- **(Ríe divertida.)** ¡Mira que callado te lo tenías! ¿Y qué más?

FELIPE.- ¿Cómo que qué más? Yo, es que no sé cómo hay que desir esto, ¿sabes? Yo te quiero. Pero tú te ríes, te burlas de mí.

ROCÍO.- ¡Dios me libre, Felipe! ¿Pero, qué es eso de que me quieres? ¿A qué viene eso ahora?

FELIPE.- ¡Coño! ¡Pues que te quiero! Y no me gusta que bebas. Eso no está bien, y estás echando mala fama entre los españoles. Y eso no me gusta. Y me gustaría...

ROCÍO.- Redimirme. ¿No es eso?

FELIPE.- Sí.

ROCÍO.- Es difícil.

FELIPE.- ¿Por qué?

ROCÍO.- Porque yo no deseo cambiar mi forma de vivir.

FELIPE.- ¿Y si yo te dijera?... Rosío, ¿quieres casarte conmigo?

ROCÍO.- Te diría que no estoy para bromas de ese calibre.

FELIPE.- ¿No crees en mi sinseridad?

ROCÍO.- No creo en mi capacidad de provocar esa emoción en nadie. Eres bueno y confundes la amistad con el amor.

FELIPE.- ¡Sé lo que me digo!

ROCÍO.- Sólo me conoces de vista. Bueno, hemos hablado algunas veces, pero de forma superficial. No me conoces de nada, ni siquiera sabes nada de mi pasado.

FELIPE.- Disen que el pasado no existe.

ROCÍO.- Es una cuestión filosófica. Sin embargo, el pasado condiciona el presente.

FELIPE.- Muy desdichado debió ser tu pasado para que lleves esta vida aislada, sola y bebiendo.

ROCÍO.- ¿Has estado alguna vez en la cárcel?

FELIPE.- No.

ROCÍO.- Yo sí. **(Pausa**, **le mira para ver su reacción.)**

FELIPE.- Pues no quiero saber por qué. Te he conosido aquí y me he enamorado de ti. No quiero saber nada de tu vida anterior. La cárcel debe ser una experiencia horrible.

ROCÍO.- Sí, lo es. Sin embargo, no me traumatizó la cárcel, sino las causas que me llevaron a ella. De la cárcel se sale fortalecido si te llevó a ella un ardiente ideal.

FELIPE.- ¿Fue por causas políticas?

ROCÍO.- **(Pausa**. **Lo piensa**. **Niega con la cabeza**.**)** No. Bueno, es difícil precisarlo. Lo que me llevó a la cárcel fue la traición. La delación de unos politicastros de mierda a los que yo había desenmascarado su falsedad.

FELIPE.- Lo intuía. No me lo ha dicho nadie, pero yo lo presentía. Ahora estoy absolutamente convencido y no me equivoqué al considerar que debajo de esas greñas, de ese desaliño, de esa actitud aislada y taciturna había una gran mujer. ¿Te das cuenta ahora de lo que me enamoró de ti?

ROCÍO.- Eres buena persona, Felipe. Te considero un hombre noble, pero no me gusta tu forma de proceder con los compañeros.

FELIPE.- Trato de crear en ellos una conciencia obrera que no tienen.

ROCÍO.- Pues lo haces mal.

FELIPE.- No te entiendo. ¿Por qué?

ROCÍO.- Tú quieres conseguir de ellos una promoción política.

FELIPE.- Claro.

ROCÍO.- Pues ese es tu error. Ese es el error que me llevó al enfrentamiento con aquellos sindicalistas y politiquillos.

FELIPE.- Pero a la gente hay que empujarla para que tomen conciencia.

ROCÍO.- No. Empujarlas, no. La promoción ha de ser primero humana y cultural para que se pueda desarrollar una conciencia más libre, más adulta, más crítica. Mira las gentes que tienes a tu alrededor. Son hombres deprimidos humana y culturalmente. La mayoría, sólo salieron de su pueblo para venir a Alemania y muchos son analfabetos. ¿Cómo puedes despertar en ellos una conciencia sindical o política directamente?

FELIPE.- La conciencia la da la lucha, la experiencia.

ROCÍO.- Está visto que yo soy el bicho raro en todos sitios. Eres igual que ellos, igual que los que me traicionaron.

FELIPE.- ¿Por qué me comparas con nadie?

ROCÍO.- Te lo explicaré. Yo trabajaba en una mediana empresa metalúrgica en Madrid. Cuando el boom económico de los sesenta, mi empresa fue absorbida por una multinacional. Fueron los años de mucha emigración del campo a la construcción y a la industria. El panorama era parecido al que hay aquí: campesinos que jamás habían salido de su pueblo y la mayoría, analfabetos porque jamás pisaron una escuela, ya que a los seis o siete años tenían que trabajar. Hombres a los que era muy difícil convencerles de la necesidad de una reivindicación laboral o social, porque por muy malas que fueran las condiciones en que vivían, eran mil veces mejores que las que dejaron atrás.

FELIPE.- Sí; eso es lo que pasa aquí con la mayoría de los emigrantes.

ROCÍO.- Los enseñé a leer, los enseñé a pensar, a reflexionar a ser críticos, solidarios. Les enseñé lo que era la historia del Movimiento Obrero. Y tomaron conciencia de su dignidad y realizamos acciones muy interesantes de cara a la empresa.

Hasta entonces, en mi fábrica no había visto gentes de sindicatos ni de partidos. Pero como por arte de magia empezaron a surgir siglas y más siglas; daban mítines, se hacían asambleas en las que sólo hablaban cuatro iluminados. Había huelgas, sin ton ni son, que únicamente las hacían los seguidores de quienes las convocaban. Así lo que lograron fue dividir a los trabajadores. Y todo para demostrar al Régimen el gran poder de convocatoria que tenía una sigla.

FELIPE.- Así era en la fábrica en Bilbao en la que trabajé.

ROCÍO.- Todos aquellos hombres vírgenes que yo había formado con tanto amor y paciencia, fueron captados y manipulados. Muchos fueron despedidos, encarcelados. Y todo la labor que hice quedó destruida. Yo tenía una vieja multicopista. Hice panfletos para denunciar sus maniobras.

FELIPE.- ¿Por qué dices maniobra? La lucha política y sindical era así en todos sitios.

ROCÍO.- Un día la policía entró en mi casa de madrugada. Alguien dio el chivatazo. Descubrieron la multicopista. Me torturaron. Querían saber los nombres de mi célula política. Me condenaron a tres años de prisión, de los que sólo cumplí nueve meses. Al salir me encontré sin trabajo y con un antecedente policial que me cerraba todas las puertas. Me llevaron dinero de los trabajadores; pero ellos dijeron que era del partido. Los escupí. En ese estado de ánimo llegué a Alemania. Asqueada de todo y de todos.

FELIPE.- ¡Cuánto lo siento, Rosío! Sé lo difícil que es convencerte de que un hombre pueda sentir por ti un sincero amor. Pero te quiero. Ahora que me has contado eso te quiero más aún.

ROCÍO.- Yo, no. Quiero seguir mi vida a mi manera.

FELIPE.- ¡Pero, te estás destrosando a ti misma! ¡Así no se puede vivir!

ROCÍO.- Yo sí puedo. Hace poco vino uno de aquellos que yo formé en la fábrica y fue seducido por los sindicalistas. Desengañado, queriendo que les ayude a hacer aquí con los emigrantes lo que hice con él en España. Pero no quiero cuentas con nadie. Te ruego que no insistas. Quiero que sigamos siendo amigos, como hasta ahora, pero nada más. ¡Manfred! Ponme otra copa.

(MANFRED **se acerca con la botella y le sirve**, **ante el desconcierto de** FELIPE. ROCÍO **va a coger la copa**, **pero** FELIPE **la tira de un manotazo**.)

FELIPE.- ¡No consentiré que te destruyas más! ¡No beberás más delante de mí!

ROCÍO.- ¡Déjame! ¡No tienes derecho a inmiscuirte en mi vida!

FELIPE.- Te quiero. Te quiero. ¡Despierta, Rosío! ¡Olvida de una puta vez ese pasado! Yo te ayudaré. Te haré todo lo feliz que te mereces. Me necesitas. Quiero ayudarte a vivir, a ser feliz. Y seremos felices, amor mío. Seremos felices. **(La abraza casi con violencia.)**

ROCÍO.- No, por Dios, no. Déjame, Felipe. Déjame con mi soledad. Ya estoy perdida. Soy una alcohólica. Sólo te daría problemas. Déjame.

(Se resiste, **trata de librarse de sus brazos y**, **por fin**, **lo consigue**. **Se va corriendo y llorando**. FELIPE **va hacia la puerta con intención de seguirla**. MANFRED **se interpone**.**)**

MANFRED.- Quieto. Déjala. Ya está tocada. No insistas ahora. Déjala que digiera la nueva situación que le has planteado. Toma una cerveza. Te invito.

FELIPE.- Cerveza, no. ¡Necesito coñá, o güisqui! ¡Algo muy fuerte! Necesito beber. ¡Quiero emborracharme!

(Telón.)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En la barraca, DANIEL **está en pijama y con la mano vendada**. **Coge una toalla y sale**.

En el bar están ESTEBAN, CECILIO, EULOGIO **y** PACO **formando un grupo en torno a la mesa**. **En la otra están** AGUSTÍN **y** SEVERINO. **Éste es un hombre de unos cincuenta años**. MANFRED **tira cerveza para servir después a los de la primera mesa**.

ESTEBAN.- Oye, ¿es verdad lo que me han dicho, de que Felipe se ha hecho novio de la Rocío?

CECILIO.- ¡Pues no vives tú atrasado! Eso lo sabe ya hasta el Tato.

ESTEBAN.- Es que hace muchos días que no la veo por aquí.

CECILIO.- Y si la ves ahora, no la conoces. No bebe, no va con las greñas ni el desaliño de antes. No parece la misma.

ESTEBAN.- Pues para mí, aunque la mona se vista de seda...

CECILIO.- Ándate con cuidado y no te metas con ella, no sea que Felipe te sobe los morros.

ESTEBAN.- ¡Felipe, a mí, buah!

CECILIO.- Bueno, vamos a lo que importa. La empresa no contestó a nuestra carta; hicimos una semana de huelgas de horas extras; volvimos a insistir y ni caso. Hemos empezado la huelga total hoy. Veremos en qué acaba todo esto.

PACO.- Yo he repartío los panfletos que me dizteiz en toaz laz fábricaz de alrededor.

EULOGIO.- Y yo, también.

CECILIO.- Pues nadie nos ha apoyado. Aquí, los españoles no quieren saber nada de huelgas.

ESTEBAN.- Ya le dije yo a Felipe que no íbamos a conseguir nada. Pero, ni caso.

CECILIO.- El único que ha ganado con esto es Guillermo. Ni hizo huelgas de horas extras, ni nada. Ahí le tenéis, trabajando mientras nosotros estamos de brazos cruzados.

ESTEBAN.- A ese esquirol hay que darle una buena lección.

CECILIO.- Una buena paliza se merece.

PACO.- Conmigo no contéiz pa ezo. Yo no pego a nadie, y menoz a un ezpañó.

EULOGIO.- Yo tampoco pego a nadie.

ESTEBAN.- Pegarle, no. Pero hay que decirle que es un traidor y escupirle, no volver a hablarle más.

CECILIO.- Y eso que es compañero de habitación de Felipe.

ESTEBAN.- Esto es un fracaso. Una cabezonada de Felipe. Ni a su propio compañero le ha convencido. Somos unos idiotas por haberle seguido.

PACO.- Puez como ezto no ze arregle pronto yo voy a trabajá.

EULOGIO.- Y yo. En mi casa jace mucha farta el dinero.

CECILIO.- Hemos fracasado.

ESTEBAN.- Ya que nos hemos metido en esto, hay que seguir.

CECILIO.- A ver qué dice Felipe.

(Siguen hablando aparte.)

SEVERINO.- Y tú, ¿cuándo te casas?

AGUSTÍN.- ¿Pa tené que da de comé a una mujé?

SEVERINO.- ¡Qué va! La mía come sola.

AGUSTÍN.- Pos pa chasco que entavía le tuviá que meté la comía en la boca.

SEVERINO.- ¡No seas ignorante, hombre! Lo que quiero decir es que la mía me gana un buen jornal. Hoy día interesa más una mujer que una finca con vaquiñas y marranas de cría. A mí, la mía me gana seiscientos marcos limpios al mes que, al cambio, son unas nueve mil pesetas, que son unos veinticinco mil duros al año. A ver qué finca de mi aldea deja veinte mil duros limpios al año. Y, además, te lava la ropa, te cose, te hace la cena y te acuestas con ella.

AGUSTÍN.- **(Sorprendido y regocijado por el cálculo matemático de Severino.)** ¡Coño! ¡Así sí que interesa casarse!

SEVERINO.- ¡Pues claro, ignorante!

AGUSTÍN.- Pero, oye, tú no te acuestas con tu mujer, porque ella está en la residencia de mujeres y tú, en la de hombres.

SEVERINO.- No es que me acueste para dormir, hombre, sino para lo otro. ¿Entiendes? Para dormir juntos tendríamos que alquilar una habitación, como hacen otros. Pero, entonces, adiós ahorros. Y total, para un rato nada más, un día o dos por semana, cualquier sitio es bueno. Yo me tengo cogido un sitio en el parque entre setos y arbustos y allí a las nueve de la noche no pasa ni un alma.

AGUSTÍN.- Pero a las nueve de la noche allí hará mucho frío.

SEVERINO.- Sí, pero nosotros nos ponemos calientes.

AGUSTÍN.- Entonces, ya tendrá mucho dinero ahorrado, ¿no?

SEVERINO.- Espera, espera que te explique. Yo tenía en mi aldea un terruño que no me daba para vivir y tenía que trabajar de jornalero. Después de trabajar todo el año, apenas sí sacabas para mal comer. Así que, un paisano mío me consiguió este trabajo y en cuanto pude, me traje a la mujer. Y en sólo dos años, tengo ahorrados trescientas setenta y nueve mil seiscientas veintitrés pesetas. La comida nos la dan en la fábrica y con las sobras que dejan los demás me lleno una tartera que tengo y con eso cenamos bien.

AGUSTÍN.- ¡Pues vives como un rajá!

SEVERINO.- ¡Pues claro, ignorante!

AGUSTÍN.- Pues en cuanti vaya hogaño de vacaciones a España le tiro los tejos a la Juana y me caso y me la traigo pa cá.

(Siguen hablando aparte. **Por la calle aparecen** FELIPE **y** ROCÍO. **El aspecto de** ROCÍO **es completamente distinto a como la vimos en el primer acto**. **No es que vista o se maquille deforma extraordinaria**, **no**. **Es una mujer normal**. **Entran en el bar y todos la miran con atención**. SEVERINO, **al ver a** FELIPE, **se levanta y se acerca a él**.**)**

SEVERINO.- Te estaba esperando.

FELIPE.- ¿Qué quieres?

SEVERINO.- Lo que quiero es no hacer más el primo, ¿sabes? Yo hice huelga de horas la semana pasada, como tú dijiste; pero eso de que yo esté sin ganarlo mientras otros trabajan, no. O vamos todos, o yo, mañana mismo vuelvo al trabajo.

FELIPE.- ¿Tú sabes lo que le pasa a los esquiroles?

SEVERINO.- Eso se lo explicas al que duerme en tu habitación contigo.

FELIPE.- Tenemos que resistir. En cuanto a ese que dices, ya me encargaré de él.

ESTEBAN.- La huelga ha sido un fracaso. Se han repartido octavillas en toda la zona y nadie nos ha secundado. Nadie quiere saber nada de huelgas. Guillermo la ha reventado. Es el único, pero lo suficiente para dar fuerza a la empresa.

FELIPE.- Es el único.

ESTEBAN.- Hay que formar un comando y esperarle a la salida.

CECILIO.- ¡Cállate, chalao! Si haces eso y se entera la policía, nos ponen de patitas en la frontera.

ESTEBAN.- ¡Cállate, disipao! Yo no digo que le esperemos para pegarle, sino para ir detrás de él cuando salga, sin decir nada, seguirle, que sienta vergüenza y miedo.

PACO.- Eso me parece mejó.

SEVERINO.- Yo, eso no lo hago.

CECILIO.- Siendo así, bueno. Pero vamos todos, que nos vea juntos a todos.

(Se van todos. **Quedan en escena** ROCÍO **y** FELIPE, **y** MANFRED, **tras la barra**.**)**

ROCÍO.- No me gusta esta huelga ni la forma de llevarla.

FELIPE.- Deja ahora ese asunto. Hablemos de nosotros. ¡Qué guapa estás!

ROCÍO.- Gracias a ti, que me has hecho recuperar la fe en la vida y en mí misma. Pero eso es aparte y tiempo tendremos de hablar de ello. Me preocupa esta huelga. A esta gente no se la puede forzar como tú lo haces. Te quedarás solo y te harás mucho daño a ti y a los demás. La empresa sabe que eres tú el instigador. Pueden despedirte y eso no sólo será malo para ti, sino para todos, pues cogerán miedo y nunca jamás se les podrá movilizar.

FELIPE.- A la gente hay que espolearla, pues si no, no se moverán nunca.

ROCÍO.- A esta gente hay que educarla primero, y poco a poco se irán metiendo en la lucha. Has tratado de que las demás fábricas hagan huelga y no lo has conseguido, porque esa decisión ha partido de ti solo. La gente tiene que discernir por sí misma, estudiar y discutir eso en una asamblea.

FELIPE.- Entonces se pasan las vacaciones y no se consigue nada. La decisión de la huelga la tomamos todos aquí mismo.

ROCÍO.- Sí. Pero esa idea partió de ti y la decisión la tomaste tú. Los demás se limitaron a firmar. Así no se forma a la gente.

FELIPE.- ¿Formar a la gente? Ya sé cuáles son tus criterios de formación. Con esa forma artesanal de formar a la gente tardarás años en conseguir que dos o tres tomaran conciencia. Y al final no serviría de nada. Mientras tú formas a uno, la sociedad capitalista deforma en serie, hace egoístas en serie, insolidarios en serie, cobardes en serie, alienados en serie. Un estudiante se puede pasar muchos años antes de ejercer una profesión. La clase obrera no puede esperar a estar formada, como tú pretendes, para luchar. La formación viene con la acción. Y hay que luchar aquí y ahora, cualquiera que sea el resultado.

ROCÍO.- Yo no excluyo la lucha, sino los métodos. Estamos en un país extranjero con un contrato temporal que puede terminar cuando a la empresa le plazca, con razón o sin ella. No

se puede empujar a esta gente sin conciencia y sin experiencia, provocar la represión y crear desesperados, como hacían en España los de mi fábrica.

(Por la calle aparece GUILLERMO, **lentamente**, **cabizbajo y apesadumbrado**. **Detrás**, **en el foro**, **sin entrar**, **le observan todos los que se fueron antes**. **Entra en la barraca**. **Los otros**, **ríen**. GUILLERMO **abre su taquilla y saca un radiocasete**, **lo coloca en la mesa**, **lentamente**, **y lo pone en marcha**. **Se sienta escuchando una cinta**. **Ahora no oímos nada**. **Los demás hablan aparte en el foro**.**)**

FELIPE. -Cuando yo vivía en pueblo, no tenía consiensia, pero estaba desesperado por el hambre y la humillación de ir a la plasa cada mañana a esperar que los ricos me dieran trabajo, que me explotaran de sol a sol por un mísero jornal. ¿Tener conciencia? ¿Crear desesperados? Yo tenía consiensia de mi situación sin nesesidad de que nadie me lo dijera. Y estaba desesperado de ver a mi pobre madre trabajar lavando ropa y quitando mierda de los ricos. No nesesité que nadie me explicara que aquella sosiedad casiquil había que destruirla y crear una sociedad nueva.

ROCÍO.- No quiero que tergiverses lo que digo. Estoy de acuerdo con lo que dices. Pero lo que quiero que comprendas es que no estamos en una fábrica de España. Aquí nadie se fija una fecha para volver, sino una cantidad. Y ahí está lo grave de la situación de los emigrantes españoles. Nadie puede hacer que una fecha venga antes, pero sí una cantidad de dinero. Las circunstancias son angustiosas, porque se privan hasta de lo más elemental y necesario con tal de ahorrar. ¿Cómo puedes exigir que dejen de trabajar? ¿Cómo puedes presionar a esas criaturas para que renuncien a lo que para ellos es lo más importante de su vida? ¿Cómo puedes forzar a los que lo único que desean es volver pronto con sus familias? ¡No, Felipe, no! ¡Eso es una crueldad! ¿No te das cuenta?

FELIPE.- Sí. Me doy cuenta que, cuando te excitas, estás más guapa todavía. Olvidemos esto ahora. Hablemos de nosotros, de nuestro futuro. Ya tendremos tiempo de hablar de la lucha **(Con una sonrisa**.**)** Y de la educación.

ROCÍO.- No te burles de mí.

FELIPE.- ¿Cómo me voy a burlar de lo más serio que he tenido en mi vida? Te quiero. ¡Te quiero!

(Los que están en el foro irrumpen en el bar.)

EULOGIO.- **(Desencajado.)** ¡Han despedío a Guillermo!

ROCÍO.- ¿Qué?

FELIPE.- ¿Cómo que le han despedido? ¿Qué dises?

CECILIO.- Sí; le han despedido.

ESTEBAN.- ¡Le han echado a la puta calle!

CECILIO.- ¡Que se joda! ¡Eso, por ser esquirol!

FELIPE.- Tranquilizaros. ¿Por qué le han despedido?

PACO.- Dicen que ha pegado a un compañero alemán.

FELIPE.- ¿Que Guillermo ha pegado a un compañero alemán? Eso no puede ser. Guillermo es el hombre más pacífico que he conocido. No me lo creo

ESTEBAN.- Pues ahí le tienes en la barraca. Acaba de entrar. Puedes preguntarle.

PACO.- Puez lo mizmo le echan pa Ezpaña.

ESTEBAN.- ¡Le está bien empleado por ir a trabajar estando nosotros en huelga!

CECILIO.- Le han denunciado a la policía.

PACO.- Y lo mizmo le meten allí una zomanta de palo.

ESTEBAN.- ¡Todo le está bien empleado, por traidor!

CECILIO.- ¡Y por egoísta! ¡Ahora, que se joda!

ESTEBAN.- Yo, mañana mismo, vuelvo al trabajo.

CECILIO.- Sí, porque la cosa se está poniendo seria. Y todo por culpa de ese cerdo.

ESTEBAN.- ¡Que le echen de aquí y se vaya a su pueblo!

ROCÍO.- Me voy.

FELIPE.- ¿Adónde?

ROCÍO.- Mañana te lo diré. (A ESTEBAN **y** CECILIO.) ¡Me dais asco!

(Se va corriendo y desaparece por el foro. **Siguen hablando aparte**. GUILLERMO **sigue oyendo la cinta del radiocasete**. **Ahora nos llega nítido el sonido**.**)**

VOZ DE SEÑORA.- Bueno, rapaciños, dejar ya a papá, que tiene que descansar.

VOZ DE NIÑO.- ¡Non, non, yo quiero estar cun él!

NIÑO 2º.- ¡Y yo, también!

NIÑO 3º.- ¡Pues, yo non me voy, hala!

VOZ DE GUILLERMO.- Déjalos, muyer. Es el último día que me queda de estar junto a ellos.

SEÑORA.- ¡El último día! Otra vez separados. ¿Cuándo va a terminar esto, Dios mío?

GUILLERMO.- El año que viene, muyer. Cuando tengamos para comprar una finca con vaquiña y marrana de cría, no me iré más.

SEÑORA.- ¡Dichosa finca! ¡Ya estoy harta de finca, sin tenerla!

GUILLERMO.- Pero cuando la tengamos, viviremos bien. Ya falta menos. Ten paciencia, muyer.

SEÑORA.- Las mismas cuentas nos hicimos el año pasado y dijiste que cuando vinieras este año non te volverías a marchar. No nos han salido las cuentas. ¡Estos condenados críos se lo llevan todo en comer, en ropa, en calzado, en colegio!...

GUILLERMO.- Non digas eso, Carmiña. ¿Qué culpa tienen los rapaciños? Non chores, Carciniña, un año pasa pronto.

NIÑO lº.- Papá, yo quiero que me traigas un balón así de grande.

NIÑO 2º.- Y yo quiero un patín como el de Juanito.

NIÑO 3º.- Y para mí quiero una bicicleta.

(FELIPE **sale a la calle y entra en la barraca**, **pero no en la habitación**, **aún**.)

GUILLERMO.- Bueno, hijos, bueno; todo lo que queráis. ¿Y tú, Maruxiña? Ven aquí, hija. Tú ya eres una muyerciña. ¿Por qué estás tan callada? Dime qué quieres que te traiga a ti. ¿Qué quieres tú, hija mía?

NIÑA.- Yo non quiero nada. Lo que quiero es que non te vayas más, que te quedes siempre con nosotros...

(FELIPE **y** DANIEL **entran en la habitación y quedan quietos en la puerta mirando a** GUILLERMO. **Éste para el aparato y de bruces sobre la mesa**, **llora**. FELIPE **se acerca a él**.)

FELIPE.- Otra vez el dichoso radiocasete.

GUILLERMO. -¡Ay, Felipiño, eu morro! ¡Eu morro!

FELIPE.- Vamos, guarda ese aparato. Dime qué ha pasado en la fábrica.

GUILLERMO.- Me han despedido, Felipiño. Me han despedido.

FELIPE.- ¿Pero, por qué?

GUILLERMO.- Los compañeros alemanes me insultaban. Me llamaban esquirol. Empezaron a tirarme cosas. Uno me pegó y yo me defendí. Eso es todo. El encargado me condujo al despacho del director y le dijo no sé qué en alemán. Me pareció entender que yo había golpeado a un obrero alemán. El director me miró muy enfadado y dijo: ¡*Aussen*! ¡*Aussen*! El encargado me llevó al vestuario para que recogiera mis cosas y me echó a la calle.

FELIPE.- Mañana volveremos a trabajar todos. Me enteraré. Hablaré con el encargado y con el director. No pueden echarte así.

GUILLERMO.- Me echarán también de esta barraca y tal vez de Alemania. Esto será mi ruina.

FELIPE.- Tranquilízate. Todo se arreglará. Ya lo verás.

GUILLERMO.- Siento mucha vergüenza, Felipiño. No debí ir a trabajar. Todos me despreciarán por eso.

FELIPE.- Tranquilízate. Lávate un poco y vamos a tomar una cerveza.

GUILLERMO.- No quiero ir al bar. Todos me despreciarán.

FELIPE.- Si alguien se mete contigo, le aplastaré de un puñetaso. Ve a lavarte.

(GUILLERMO **se va**.)

DANIEL.- ¿Crees que se podrá arreglar esto?

FELIPE.- No. Los alemanes son muy estrictos en la conducta con los trabajadores extranjeros.

DANIEL.- Pero Guillermo dice que no agredió, sino que fue agredido. Se puede hablar con el director.

FELIPE.- No servirá de nada. Y mucho menos después de haber hecho la huelga. Nesesitan de vez en cuando un caso como éste para atemorizar a todos con el despido y la repatriación. Es un caso muy difísil. La culpa es mía por haber convocado la huelga.

(Oscuro.)

CUADRO SEGUNDO

En escena está GUILLERMO. **Pasea nervioso frotándose las manos y mirando constantemente el reloj**. DANIEL **está sentado**. **Su gesto es de honda preocupación**.

GUILLERMO.- ¡Cuánto tardan en llegar!

DANIEL.- Tranquilízate. Felipe hará todo lo posible.

GUILLERMO.- Ya deberían estar aquí. ¿Qué tal estás tú?

DANIEL.- No sé. Esta maldita herida no acaba de curarse. Si me la hubiese visto el médico al principio... Pero si me cura un médico tiene que dar parte a las autoridades y me echarían de Alemania. No sé cuál de las dos cosas es peor. Y encima estoy sin trabajar y sin poder ganar nada. Y mi mujer allí en España viviendo de la caridad de la familia. Mi situación es desesperante. Gracias a vosotros, que me ayudáis, si no, no sé qué sería de mí.

GUILLERMO.- Ya he hablado con el Centro Español. Tratarán de legalizar tu situación. Mi caso es el que no tiene solución. Si Felipe lo hubiera resuelto correría para decírmelo. Pero es duro para él traer noticias malas. Por eso tarda tanto.

DANIEL.- Tú tienes tus papeles en regla. Si te echan de aquí puedes trabajar en otra fábrica.

GUILLERMO.- Sí. Pero mi temor es que me hayan denunciado a la policía. Si es así, me expulsarán de Alemania.

(Entra FELIPE, **despacio**, **cabizbajo y entra en la barraca**.**)**

GUILLERMO.- ¡Por fin has llegado! ¿Hablaste con el director?

FELIPE.- Sí. **(Pausa**.**)**

GUILLERMO.- Bueno. ¿Y qué?

FELIPE.- Dice que no puede revocar la orden de despido. Que sentaría un precedente.

GUILLERMO.- Lo suponía. ¿Sabes si me han denunciado a la policía?

FELIPE.- Me han dicho que no.

GUILLERMO.- ¡Son unos falsos! ¡Gentes sin corazón!

FELIPE.- Podemos buscarte otro empleo.

GUILLERMO.- No. Pedirán informes y no me admitirán en ningún sitio. Os prepararé la cena.

DANIEL.- Te acompaño.

(Salen GUILLERMO **y** DANIEL. FELIPE **sale de la barraca y entra en el bar**. **Entran corriendo** ESTEBAN **y** CECILIO. **Este lleva una octavilla en la mano**. **Entran en el bar**.**)**

CECILIO.- ¡Felipe! ¡Felipe!

FELIPE.- ¿Qué ocurre?

CECILIO.- ¿No has visto esto?

FELIPE.- ¿Qué es eso?

ESTEBAN.- Yo fui a tirar un poco de basura en el contenedor al salir. Vi en él un montón de papeles como éste. Me llamó la atención y cogí uno. Está escrito en español.

CECILIO.- Alguien debió echarlos en la puerta, pero los alemanes los recogieron y los tiraron a la basura.

FELIPE.- Dame ese papel.

CECILIO. -Léelo en alto, verás lo que dice.

FELIPE.- **(Leyendo.)** «¡Compañeros! ¡Un compatriota, un compañero español ha sido agredido en la fábrica por los alemanes, y despedido! ¡No podemos consentirlo! ¡Si no protestamos sentará un precedente, endurecerán el trato a los extranjeros y nos harán vivir de rodillas! ¡Por nuestra dignidad, por la dignidad de todos los obreros españoles! ¡Por la readmisión del compañero despedido!

¡TODOS A LA MANIFESTACIÓN!

¡Esta tarde, al terminar la jornada, todos a la puerta de la *Waguen machinen werque*!

¡GALLINA EL QUE NO VAYA!»

FELIPE.- ¿Quién ha escrito esto?

ESTEBAN.- No lo sé.

CECILIO.- Eso no ha salido de nadie de nuestra fábrica. Nos lo hubiesen dicho.

FELIPE.- Hay que acudir inmediatamente a esa manifestación.

CECILIO.- Nosotros convocamos una huelga y ningún español nos siguió.

ESTEBAN.- Una manifestación en la calle. ¡Pues no dice nada el que ha escrito esto!

FELIPE.- Hay que sumarse a ella, ahora.

CECILIO.- Vendrán los policías antidisturbios pegando palos. Por arreglar el problema de un esquirol muchos serán apaleados, detenidos y hasta expulsados de Alemania.

ESTEBAN.- No, no. Conmigo que no cuenten. Quien haya escrito eso, es un loco.

FELIPE.- No podemos seguir aquí. La salida de las fábricas fue hace una hora. Tenemos que ir. Es una vergüenza para nosotros no estar en la puerta de nuestra fábrica con los compañeros.

CECILIO.- ¿Pero, tú crees que va a ir alguien a esa manifestación?

ESTEBAN.- ¿Se preocuparon ellos por nosotros antes? Pues ahora no me da la gana ir. Que vaya el que ha escrito eso.

CECILIO.- A mí me da miedo.

ESTEBAN.- No creo que vaya nadie a esa manifestación.

CECILIO.- La culpa de todo la tiene ese baboso que trabajó estando nosotros en huelga.

FELIPE.- Pero hay que ayudar a Guillermo. Es nuestro compañero.

ESTEBAN.- Bueno, vale. Yo le doy cien marcos.

CECILIO.- Yo le doy otros cien. Pero de manifestaciones, nada.

FELIPE.- Tenemos que impedir que le echen de Alemania.

CECILIO.- ¡Que se vaya a su pueblo!

MANFRED.- ¿Queréis un consejo? La empresa no volverá a admitirle. Habéis sido demasiado arrogantes con la huelga y necesitan dar un escarmiento.

FELIPE.- Son unos cobardes. Le pegaron porque estaba solo.

ESTEBAN.- Si hubiésemos estado todos no se hubieran atrevido.

CECILIO.- Los alemanes odiáis a los extranjeros.

MANFRED.- Los obreros alemanes tienen razones para odiar a los extranjeros. Es una mano de obra barata, dócil, que neutraliza nuestras reivindicaciones. ¿Creéis, acaso, que los obreros alemanes no han sido represaliados y despedidos de sus empresas? Pues os equivocáis. Y gracias a que tenemos un sindicato potente.

FELIPE.- Un sindicato pancista, socialdemócrata. Ese sindicato es el mejor servidor del capitalismo. Es una oficina de asistencia social.

MANFRED.- No es un sindicato revolucionario. ¿Olvidas que Alemania es un país ocupado por las fuerzas que ganaron la guerra? Con el fantasma del comunismo al otro lado del muro, ¿crees que iban a tolerar otro tipo de sindicato? Aquí mandan los americanos, pero es a los alemanes a quien nos acusan de racistas y xenófobos.

CECILIO.- Porque lo sois. Igual que los americanos lo son con los negros.

FELIPE.- No, Cecilio. En ningún país del mundo se odia a los extranjeros y a los negros por ser negros o por ser extranjeros, sino por ser pobres. Se despresian a los negros en América. ¿Pero se despresian a los negros con medallas olímpicas, a los cantantes negros, a los artistas negros, a los científicos negros? No. Se desprecia a los negros pobres. ¿Se les prohíbe la entrada en Alemania a los extranjeros ricos? No. Esos tienen las puertas abiertas en todos los países del mundo. Tú hablas del vergonzoso muro de Berlín. Hay otros muros más vergonzosos e infamantes en todos los países ricos para impedir el paso de los pobres. No existe el racismo ni la xenofobia en Alemania. Existe desprecio por los pobres, nada más.

(**Dentro se oye una algarabía de gente que se acerca**. **Entra** NICOLÁS, **seguido de** AGUSTÍN, PACO **y** EULOGIO.)

NICOLÁS.- ¿Pero, qué hacéis aquí que no habéis estado en la manifestación?

FELIPE.- Íbamos a ir ahora mismo. ¿Qué ha pasado?

NICOLÁS.- ¿No os habéis enterado? Esta madrugada, hemos repartido panfletos en la puerta de todas las fábricas. ¿Cómo no lo habéis visto vosotros?

ESTEBAN.- Los barrieron antes de llegar nosotros. Yo me he enterado al ir a tirar basura al contenedor cuando salí. Estaba lleno de octavillas.

FELIPE.- Nos hemos enterado tarde. ¿Qué ha pasado?

EULOGIO.- ¡Chacho, la que se ha liao! Había civiles con cascos porras y escudos. ¡Qué miedo he pasao!

PACO.- Ezoz no eran civilez, Ulogio, eran policía.

FELIPE.- ¿Quién ha organizado esta manifestación?

NICOLÁS.- La idea partió de Rocío. Fue a buscarme ayer por la tarde. ¡Ya ves, vino ella a buscarme! ¡Esa mujer vale un imperio! Trabajaba conmigo en la fábrica de España. Bueno, al grano. Dijo que teníamos que hacer lo que tantas veces hicimos allí: hacer una manifestación por la dignidad de los españoles para que readmitieran a Guillermo. Nos pusimos mano a la obra. Ella escribió ese panfleto, y mientras yo los sacaba en una fotocopiadora de la fábrica, que me autorizó un vigilante amigo mío, ella se puso a llamar a todos los periódicos y emisoras de radio y televisión, anunciando la manifestación. Llamó al Consulado español. No veas como le gritaba al propio Cónsul porque le dijo que esas no eran horas de llamar. Le hizo responsable de lo que pudiera ocurrir si no se presentaba para defendernos.

AGUSTÍN.- Estaba en la puerta de la fábrica el director, el Cónsul y el jefe de la policía.

PACO.- ¡Ozú, y cómo hablaba la tía!

NICOLÁS.- Todo resuelto. El director dijo que admitía a Guillermo, y el Cónsul nos pidió por favor que nos dispersáramos. Todo eso ha ocurrido en menos de media hora.

EULOGIO.- ¡Chacho, chacho! ¡En mi vida he visto yo tanta gente junta, gritando, y sin miedo a los civiles!

PACO.- ¡Que no zon civiles, coño! ¡Son policías!

AGUSTÍN.- Yo he pasao mucho miedo. ¡Pero qué bonito ha sido!

(Entran en la barraca GUILLERMO **y** DANIEL **con platos y viandas.)**

FELIPE.- ¿Dónde está Rocío?

NICOLÁS.- El director ha invitado a cenar al Cónsul y a ella.

FELIPE.- Entonces no vendrá hasta dentro de dos horas, al menos. Voy a llamar a Guillermo. **(Sale el bar y entra en la barraca.)** ¡Guillermo! ¡Te han admitido!

GUILLERMO.- ¿Qué me dices?

FELIPE. -¡Mañana vuelves a trabajar!

GUILLERMO.- **(Alucinado.)** ¿Por qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

FELIPE.- Han hecho una manifestación para que te admitieran.

GUILLERMO.- ¿Quién hizo la manifestación?

FELIPE.- Todos los españoles que trabajan en esta zona. Menos nosotros, que nos enteramos tarde.

GUILLERMO.- ¡Pero si yo no conozco a nadie!

FELIPE.- Es igual.

GUILLERMO.- ¿Quién se lo dijo a tanta gente y tan deprisa?

FELIPE.- Rosío.

GUILLERMO.- ¿La... la Rocío... esa que?...

FELIPE.- Sí, esa. Ya es mi novia. Por fin me he declarado a ella.

GUILLERMO.- ¿Y la Rocío ha hecho eso por mí?

FELIPE.- Lo ha hecho por ti, como lo hubiese hecho por cualquier compañero español.

GUILLERMO.- ¡No me lo puedo creer, Dios mío! ¡No me lo puedo creer!

FELIPE.- ¡Pues créelo, Guillermo! ¡Mañana, a trabajar, como si nada!

GUILLERMO.- ¡Que Dios os lo pague a todos! ¡Que Dios os lo pague! **(Se echa a llorar como un niño.)**

DANIEL.- Eso no es para llorar, Guillermo, sino para brindar.

FELIPE.- Tú lo has dicho. Vamos al bar.

(Salen de la barraca los tres y entran en el bar. **Los presentes**, **al ver a** GUILLERMO **le dan un gran aplauso**, **abrazos**, **etc**.**)**

GUILLERMO.- Gracias, amigos, gracias. ¡Muchas gracias!...

FELIPE.- ¡Viva Guillermo!

TODOS.- ¡Viva!

FELIPE.- ¡Viva la solidaridad!

TODOS.- ¡Viva!

FELIPE.- ¡Viva España!

TODOS.- ¡Viva!

ESTEBAN.- ¡Manfred! ¡Pon de beber a todos!

CECILIO.- ¡Vamos, que hoy te vas a hinchar, so mamón!

MANFRED.- ¿Cerveza para todos?

FELIPE.- ¡Qué coño cerveza! ¡Champaña para todos!

PACO.- ¿Es que no hay vino en ezte paí?

GUILLERMO.- Sí, yo lo he visto en el supermercado.

PACO.- ¿Vino de Jeré?

GUILLERMO.- Sí. Y de Rioja.

FELIPE.- Aquí hay vino, paisano. Éste que tiene Manfred es español. Lo ha traído por nosotros.

PACO.- ¡Pues a mí que me pongan un vazo de vino!

MANFRED.- Ahora te saco una botella.

(MANFRED **va sacando botellas de champaña y las pone sobre la mesa**. ESTEBAN **y** CECILIO **se encargan de ir descorchándolas**.)

FELIPE.- ¡Oírme todos! ¡La próxima semana es Nochebuena! ¿Qué os parece si hacemos una cena todos juntos?

TODOS.- ¡Sí, sí! ¡Buena idea! ¡La Nochebuena aquí es muy triste!

FELIPE.- ¡Pues dicho está!

GUILLERMO.- Yo me encargo de hacer la comida para todos. Por primera vez en Alemania, voy a comer carne. Yo os invito.

FELIPE.- ¡No, no! La comida, a escote.

NICOLÁS.- Sí, que cada uno ponga lo suyo. Yo me encargo de hacer la compra mañana por la mañana.

PACO.- Yo me voy contigo a buzcá er vino.

(MANFRED **observa a** DANIEL. **Le mira la mano vendada**.)

MANFRED.- Tú eres nuevo. ¿Qué te ha pasado en la mano?

(DANIEL **se siente descubierto**. **Esconde la mano**.)

DANIEL.- No me pasa nada.

MANFRED.- Déjame ver. **(Le mira la mano.)** ¿Cómo te has hecho esto?

DANIEL.- Me corté... **(Esconde la mano.)** ¡No me pasa nada!

MANFRED.- Esa mano tiene muy mal aspecto. ¿Te ha visto el médico?

FELIPE.- ¿Qué ocurre?

MANFRED.- No conozco a éste hombre. Tiene una herida infectada. ¿Le conoces tú?

FELIPE.- Sí. ¿Qué pasa?

MANFRED.- ¿Por qué no ha ido al médico?

DANIEL.- He ido ya.

MANFRED.- No. He sido socorrista. Ese vendaje no lo ha hecho un profesional. No me gusta el color que tiene esa mano.

GUILLERMO.- ¿Por qué?

MANFRED.- Dime la verdad. ¿Ese hombre es un ilegal?

GUILLERMO.- No. Bueno, quiero decir...

FELIPE.- ¿Ilegal? ¡Ningún ser humano es ilegal en el mundo! No le pasa nada.

DANIEL.- El caso es que me duele mucho.

MANFRED.- Esa herida la tiene que ver un médico urgentemente.

DANIEL.- ¡No! ¡Si me descubren, me echarán de Alemania!

GUILLERMO.- Manfred tiene razón. Esa mano te la vendé yo, pero yo no sé nada de medicina.

FELIPE.- Habría que mirarte esa herida. ¿No dices que fuiste socorrista? Cúrale tú.

MANFRED.- La labor de socorrista es para los primeros auxilios.

DANIEL.- ¿Usted cree que es grave?

MANFRED.- Por su aspecto, creo que sí. Pero yo no puedo hacer un diagnóstico.

GUILLERMO.- Le pusimos la inyección antitetánica.

MANFRED.- Sé lo que os pasa. He visto otros casos parecidos. Queréis ocultarlo para que no le vea la policía.

DANIEL.- Si me descubren me mandarán otra vez a España. No puedo volver. Allí no tengo trabajo. Mi mujer está a punto de dar a luz. ¡Necesito trabajar! Necesito ganar dinero para mi mujer y mi hijo.

FELIPE.- Sí, Daniel. Te hemos acogido; te hemos ocultado; te buscamos trabajo; pero estamos ante un grave dilema. Hemos de optar por el menos malo.

DANIEL.- Está bien. Avisad a un médico. Voy a la barraca. Allí os espero.

(Sale del bar y entra en la barraca. **Busca en una taquilla precipitadamente**, **coge algunas cosas y sale a la calle**. **Mira al bar**. **Nadie le ve**. **Corre y desaparece por el foro**.**)**

FELIPE.- Guillermo, ese muchacho me preocupa. Deberíamos llamar a un médico.

GUILLERMO.- Sí. Pero si el médico es alemán dará parte de él. Voy a ir al Centro Español. Tal vez allí encuentre algún médico o enfermero español.

FELIPE.- Esa herida puede ser grave. ¿Te das cuenta de la responsabilidad que tenemos?

GUILLERMO.- Sí. Voy ahora mismo.

(Sale a la calle y entra en la barraca. **Busca a** DANIEL, **pero no le ve**. **Hace mutis**. **Pausa**. **Vuelve a entrar**.**)**

GUILLERMO.- No está en la cocina ni en el servicio. **(Mira en la taquilla y sale de la barraca corriendo y entra en el bar.)** ¡Felipe, Daniel se escapó! ¡No está en la barraca y se ha llevado sus cosas de la taquilla! ¡Hay que buscarle!

FELIPE.- Vamos todos a buscarle. Id unos por allí, otros por aquí. Yo iré por el otro lado.

(Se van todos, **cada uno por un lado**. **Dentro**, **cada vez más alejadas**, **se oyen las voces de**: ¡Daniel! ¡Daniel! **Pausa**. **Entra** ROCÍO. **Se sorprende al no ver a nadie en el bar**.**)**

ROCÍO.- ¿No han llegado aún?

MANFRED.- Sí. Han estado aquí todos muy contentos. Enhorabuena. Has hecho un gran trabajo.

ROCÍO.- Gracias. ¿Dónde han ido?

MANFRED.- Han ido a buscar a ese joven que tenían recogido en la residencia. Parece que ha huido.

ROCÍO.- ¿Por qué?

MANFRED.- Tal vez sea mía la culpa. Vi su mano hinchada, amoratada y mal vendada. Le dije que le tenía que ver un médico inmediatamente. Puede degenerar en gangrena.

ROCÍO.- ¿Tú crees?

MANFRED.- Sí. No puedo dar un diagnóstico, pero tiene mal aspecto. Ha huido por miedo. Teme que el médico dé parte y se lo lleve la policía. Como es ilegal.

ROCÍO.- No, Manfred. Ningún hombre es ilegal en el mundo. El hombre emigra como lo hacen las aves de norte al sur y viceversa. A los pájaros nadie le ponen fronteras, incluso se les protege su hábitat natural. Todos los seres de la tierra son libres, menos los pobres. No, Manfred, ningún hombre es ilegal en la Tierra. Los ilegales son los sinvergüenzas que han puesto alambradas para que no pasen los pobres.

MANFRED.- No voy a discutir contigo algo de lo que no soy responsable. Ese muchacho está mal y agravará su problema huyendo.

ROCÍO.- ¿Hace mucho que se fue?

MANFRED.- No. Han salido todos a buscarle.

ROCÍO.- Siendo así no será difícil dar con él. Esperaré.

MANFRED.- ¿Quieres tomar algo?

ROCÍO.- Sí. Ponme un refresco de limón.

(Pausa. MANFRED **la sirve en la mesa**. **Van entrando todos los que se fueron**, **pero espaciados**.**)**

ESTEBAN.- Nada.

ROCÍO.- ¿No le habéis encontrado?

CECILIO.- Parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

AGUSTÍN.- No le he podido encontrar.

PACO.- Yo no ando má porque lo mizmo me pierdo.

EULOGIO.- Ni yo tampoco. ¡Chacho, chacho! ¿Ande se habrá metío?

PACO.- Con el frío que jace ce va a queá tiezo.

ROCÍO.- Hay que seguir buscando.

NICOLÁS.- Yo he recorrido la zona de nuestra fábrica, y nada. Ni rastro.

SEVERINO.- (**Aparte a** AGUSTÍN.) ¿Sabes tú dónde va a estar ese?

AGUSTÍN.- ¿Dónde?

SEVERINO.- ¿Te acuerdas de lo que te dije del parque?

AGUSTÍN.- ¿De qué parque?

SEVERINO.- De ese donde yo y mi mujer nos vemos algunas noches cuando tenemos ganas.

AGUSTÍN.- ¡Ah, sí! ¿Y por qué crees que puede estar allí?

SEVERINO.- ¡Chist! ¡Calla, no sea que se enteren y me sorprendan una noche en plena faena!

AGUSTÍN.- ¿Y qué te hace pensar que puede estar allí?

SEVERINO.- Porque es un sitio muy resguardado y nadie le ve si no está muy cerca.

AGUSTÍN.- Pues vamos tú y yo ahora mismo.

SEVERINO.- Sí, pero sin que se entere nadie. Y si le encontramos, ¿sabes lo que vamos a hacer?

AGUSTÍN.- ¿Qué?

SEVERINO.- Conozco otro sitio que muy pocos conocen. Es un refugio, un albergue para transeúntes en el que no piden a nadie la documentación ni nada. Claro, que allí sólo se puede estar unos días. Y hasta te dan dinero y ropa.

AGUSTÍN.- ¿Y donde está ese sitio?

SEVERINO.- ¡Calla! Eso sólo te lo cuento a ti. ¿Tú no ves que si se entera la gente se llevan la ropa y el dinero que yo me llevo todas las semanas?

AGUSTÍN.- ¿Tu vas allí todas las semanas?

SEVERINO.- ¡Claro, ignorante! Yo les digo que tengo en España a la mujer y a ocho hijos y con lo que gano no me llega para que vivan como es debido.

AGUSTÍN.- ¡Pero eso es mentira!

SEVERINO.- ¿Y qué saben ellos? ¿Lo ves? Ya te lo he dicho a ti. Pues ahora, es un suponer, vas tú y les dices que no tengo hijos y que mi mujer está aquí conmigo. ¿Y qué pasa? ¡Pues se me jodió el chollo!

AGUSTÍN.- ¡Vaya talento que tienes! Si me lo enseñas a mí, no te preocupes, no digo ni pío a nadie. Pero me da pena de ese muchacho.

SEVERINO.- A mí, también. Por eso vamos a buscarle y sin que nadie se entere, lo llevamos al albergue.

AGUSTÍN.- ¿Y allí hay médicos?

SEVERINO.- Sí. Pero son médicos de esos que se dedican a los pobres y no cobran a nadie. ¡Date cuenta si serán tontos! ¡Con el dinero que podrían ganar!

AGUSTÍN.- ¿Y los que llevan ese albergue son curas?

SEVERINO.- Yo no sé. No llevan sotana, ni nada. Y hasta hay uno que es español y otro, ecuatoriano.

AGUSTÍN.- Pues vámonos con disimulo. Pero si lo encontramos, se lo tenemos que decir a éstos.

SEVERINO.- ¡Tú no digas nada a nadie! ¡No, si ya verás como se van a enterar todos y me van a estropear el chollo!

AGUSTÍN.- Pero se tendrán que enterar.

SEVERINO.- No. Le llevamos allí para que cene, duerma y le curen. Allí puede estar sólo unos días; pero si está enfermo, le dejan más tiempo, hasta que se cure. Si mañana está bien, le traemos aquí. Y ya está. ¡Que averigüen después donde está ese sitio!

AGUSTÍN.- Aquí hay gente que está en peor situación que tú. Se podían beneficiar de ese albergue.

SEVERINO.- ¿A que no te llevo?

AGUSTÍN. -No te enfades. ¡Venga, vamos!

(Se van los dos con disimulo. **Entran** GUILLERMO **y** FELIPE **por lados opuestos**.**)**

GUILLERMO.- No lo viste.

FELIPE.- No.

(Entran en el bar.)

GUILLERMO.- ¡Rocío! Gracias por lo que has hecho por mí.

ROCÍO.- No lo he hecho por ti, sino por todos. Hay que defender la dignidad de todos los españoles.

FELIPE.- Pues lo has conseguido. Le despidieron por mi culpa.

GUILLERMO.- Non digas eso, Felipiño. Tu intención era buena. El que hizo mal fui yo. Yo soy el culpable de todo.

ROCÍO.- Nadie es culpable de nada. Si hay que culpar a alguien es a los que permiten que cientos de miles de españoles tengan que irse fuera de nuestra tierra para poder comer.

FELIPE.- Y podemos estar contentos los que hemos logrado entrar con un contrato en Alemania.

GUILLERMO.- ¿Dónde estará este rapaz? ¡Pobriño!

FELIPE.- Hay que encontrarle.

GUILLERMO.- Y ni siquiera podemos ir a la policía.

FELIPE.- Hay que avisar a todos los españoles para que estén atentos y le busquemos entre todos.

ROCÍO.- ¡Es una vergüenza que ocurra esto!

FELIPE.- Tienes razón. A veces siento vergüenza y asco de ser español. No hay derecho a esto. No hay derecho a que hombres desesperados tengan que cruzar la frontera como si fueran ladrones o contrabandistas, arriesgando su vida. ¡Maldita mil veces sean todas las fronteras!

ESTEBAN.- Bueno, mañana será otro día. Le encontraremos.

CECILIO.- La semana que viene es Nochebuena. Habíamos quedado en hacer una cena todos juntos.

ROCÍO.- Es una idea excelente. Esperemos que para entonces haya aparecido ese chico.

NICOLÁS.- Yo he quedado en hacer la compra. Pero todo a escote, ¿eh?

ESTEBAN.- ¿Y Agustín?

CECILIO.- Estaba aquí hace un momento.

ESTEBAN.- Ese ha oído hablar de pagar y ha desaparecido.

CECILIO.- No me extraña. Estaba con Severino.

PACO.- Entonce, no digáiz má.

ESTEBAN.- ¡Pues peor para ellos! ¡Vamos, Manfred! ¡Pon de beber para brindar con Rocío!

PACO.- ¡Yo quiero vino!

EULOGIO.- ¡Y yo, también!

(MANFRED **sirve botellas de champaña**. ESTEBAN **y** CECILIO **las abren con rapidez y llenan las copas entre risas y alegría**.)

ESTEBAN.- ¡Por la mujer con más corazón del mundo!

FELIPE.- ¡Por la más guapa!

GUILLERMO.- ¡Por la más buena!

PACO.- ¡Viva la madre que la parió!

FELIPE.- ¡Manfred, toma una copa con nosotros!

ESTEBAN.- ¡Ven acá, mamón! ¡Hoy te vas a inflar, so merluzo!

(Beben todos entre gritos y vivas. **Oscuro**.**)**

CUADRO TERCERO

Telón corto. **En escena**, ROCÍO **y** FELIPE. **Un foco ilumina sólo sus rostros**. **Todo lo demás es oscuridad absoluta**.

EMPIEZA LA ACCIÓN.

FELIPE.- Hace mucho frío en la calle. Vamos a ese bar. Tomaremos algo caliente.

ROCÍO.- No; espera. Me gusta el frío de la noche acariciando mis mejillas y enrojeciendo mi nariz. Pasear de noche, solos en la oscuridad es un privilegio, un regalo que muy pocos saben apreciar.

FELIPE.- Sí. Es un regalo magnífico para coger una pulmonía. A mí me gusta cuando estoy contigo. Pero hija, me estoy quedando tieso de frío.

ROCÍO.- Espera un poco. Déjame gozar de esta noche maravillosa a tu lado. En un local cerrado y en medio de la gente no puedo sentir tan profundamente mi intimidad.

FELIPE.- Pero nuestra intimidad puede coger un resfriado. A mí me gusta el calor de las noches de mi tierra.

ROCÍO. -¡Qué poco románticos sois los hombres!

FELIPE.- Yo te quiero, Rosío. Pero para ser romántico no hase falta ser masoquista y buscar el dolor.

ROCÍO.- ¡El dolor! He sufrido mucho en la vida, pero he aprendido a utilizar ese dolor como efecto purificador. Si no existiera el dolor no existiría la vida. El dolor es un aviso para que sus causas sean corregidas. Si una muela picada no doliera acabaría produciendo una infección que destruiría a quien lo padece. También el dolor del alma purifica el corazón y los sentimientos. Cuando nacemos somos como un lingote de hierro. Sólo con el fuego y los martillazos es como se forja y se transforma en algo útil o en una obra de arte. Todo lo que nos enseña la vida es a base de martillazos. El dolor es una cruz, pero como la Cruz, es redentor. Esto, la mayoría lo entiende como un castigo y se rebelan contra él rechazando la cruz. Eso me pasó a mí. Hasta que apareciste tú en mi vida. Sin embargo, tengo una duda, un temor.

FELIPE.- ¿Qué puedes temer? ¿Acaso no eres feliz?

ROCÍO.- Sí, demasiado feliz. Y eso es lo que me inquieta. Aún no he asimilado bien mi nueva situación. ¿Tú me quieres de verdad?

FELIPE.- ¿Cómo puedes dudar de mi cariño? Te quiero desde mucho antes de desírtelo. Había en ti un misterio que me atraía. Intuía que dentro de ti había esa gran mujer que eres.

ROCÍO.- Sin embargo, no dejo de pensar.

FELIPE. -¿En qué?

ROCÍO.- ¡En tantas cosas! En ti, en mí, en nuestro futuro. A veces siento miedo de que todo esto no sea más que un sueño.

FELIPE.- No pienses en eso. Es una realidad maravillosa.

ROCÍO.- Sí, pero me parece mentira que yo pueda sentir tanta felicidad. ¡Tuve tantos sueños frustrados, que temo que éste sea otro más!

FELIPE.- ¡Pero, yo te quiero! ¿Acaso lo dudas?

ROCÍO.- No, no. No dudo de tu sinceridad ni de tu amor. Dudo que yo tenga la suerte de haberte encontrado en mi camino. Hasta hace poco yo buscaba la muerte, mi autodestrucción. Tú no crees en Dios ni en el más allá. Lo sé; me lo has dicho. Pero yo sí creo. Sin embargo, si no fuera una blasfemia, diría que Dios se complace en hacernos sufrir.

FELIPE.- Esa es una de las muchas contradicciones de la religión. Si Dios es bueno y justo, ¿por qué tolera tanta injusticia?

ROCÍO.- Esa cuestión nos llevaría muy lejos. Dejémoslo estar. Cuando yo estaba en la cárcel hacía viajes maravillosos. Y enseñé a muchas pobres prostitutas y mecheras, compañeras de celda, a soñar, a liberarse haciendo viajes a los sitios más hermosos y paradisíacos. Hasta entonces yo había sido muy femenina, romántica y con deseos de amar y de ser amada. Y traté de que aquellas pobres mujeres lo fueran también. Actuaba con ellas como con los emigrantes analfabetos que llegaban a mi fábrica. Era una labor pedagógica, didáctica. Allí me sentía útil ante aquellas desdichadas mujeres analfabetas, y eso me hacía soportar mejor la prisión. Paradójicamente, me sentía libre. Lo malo para mí vino cuando salí y me enfrenté a la cruda realidad. Estaba sola, sin trabajo, sin compañeros, sin amigos, sin dinero. Entonces comprendí mejor que nunca a las pobres compañeras que había dejado en prisión. Había que ser muy fuerte para no caer en lo que ellas cayeron.

FELIPE.- Hija mía, eres el Conde de Montecristo en versión femenina.

ROCÍO.- No te burles. Te estoy hablando muy en serio.

FELIPE.- Pues deja de hablar en serio, de recordar cosas tristes. Es hora de ser feliz, de disfrutar de la vida. Conozco un restaurante muy bueno. Hay una orquestina que va por las mesas tocando lo que los comensales le piden.

ROCÍO.- Qué bien sabes vivir la vida.

FELIPE.- No. He ido a ese restaurante, pero solo. Y precisamente en ese momento es cuando más solo me sentía.

ROCÍO.- ¿Por qué?

FELIPE.- Porque me faltaba la compañera para compartir la cena y a quien dedicar aquella música.

ROCÍO.- Me gusta la música, pero me gusta el silencio de la noche y la oscuridad. Me gustaba pasear mirando las estrellas. En el silencio y la oscuridad todo es distinto. En la oscuridad, los ciegos aventajan a los videntes, las feas no se distinguen de las hermosas, los harapos no se ven y pierden su brillo las alhajas. Sólo las almas brillan en la oscuridad lo mismo que las estrellas. De día, el rosal hace fea a la higuera; de noche, ambas pierden el color y sólo queda la silueta, y es entonces la higuera más hermosa que el rosal. Yo, en la oscuridad, soñaba que era hermosa, que era hermosa, que era amada con ternura, y le hablaba en silencio a mi amante soñado dulces palabras de amor. Aquellas horas que soñaba por las noches eran las más felices de mi vida, porque no estaba en el tiempo, sino en la eternidad. Lo malo era despertar y volver a la cruel realidad. Muchas noches, después de mis sueños, lloraba y maldecía de mí, del mundo y de Dios. Porque si me dio tantos sufrimientos, ¿por qué no me dio un corazón de piedra? Y si me dio un corazón tan sensible, ¿por qué no mandó sobre él una lluvia de amor?

FELIPE.- Pues ahora te ha caído un chaparrón.

ROCÍO.- Por eso me parece mentira. Siento en mí una nueva vida. Como si una ráfaga de Dios se hubiera metido en mis venas.

FELIPE.- Yo también me siento un hombre nuevo, un hombre completo. También yo soñaba con la mujer ideal de mi vida, pero no en un físico determinado. Soñaba con tener hijos para

darles mi cultura. No una cultura de libros y saberes, que no tengo, sino en la cultura de la solidaridad. Hacer de ellos hombres generosos entregados al ideal de la libertad.

ROCÍO.- Esa es la cultura más hermosa, Felipe: la cultura del amor. Esta noche es Nochebuena, la noche del amor eterno. Tenemos que ir a cenar con los compañeros.

FELIPE.- Y, sin embargo, es la noche más amarga para aquellos que no tienen con quién compartirla. Sí, vamos con ellos.

(Oscuro. **En el bar están** ESTEBAN **y** CECILIO. MANFRED, **en la barra**.**)**

ESTEBAN. -¿Dónde se habrán metido Severino y Agustín?

CECILIO.- No vendrán. Esos no se gastan un marco ni aunque se lo mande el médico.

ESTEBAN.- Pero dijeron que vendrían. También falta el extremeño y Paco.

CECILIO.- Estarán los cuatro juntos. Dios los cría...

ESTEBAN.- Rocío y Felipe quedaron en venir.

CECILIO.- Vendrán. El que no sé si vendrá será Daniel.

ESTEBAN.- Tendrá miedo de salir del albergue, por si le pesca la policía.

CECILIO.- Seguro que esa gente le arreglarán los papeles y le encontrarán un trabajo.

ESTEBAN.- Se portan bien esa gente con los emigrantes.

CECILIO.- No son curas. Y muchos de ellos, ni siquiera son alemanes. ¿Qué serán?

ESTEBAN. -¡Vete a saber! Lo mismo es una secta de esas raras que hay por ahí.

CECILIO.- ¿Y de qué vivirá esa gente, si no trabajan? Serán misioneros, digo yo.

ESTEBAN.- Sean lo que sean, hacen un buen papel con los emigrantes.

CECILIO.- Con el tiempo que llevo en Alemania y no me había yo enterado de que existen esas gentes.

ESTEBAN.- Porque no te ha hecho falta.

CECILIO.- Severino tampoco necesita nada y, sin embargo, él conocía ese sitio. Gracias a él está recogido y bien atendido ese muchacho.

ESTEBAN.- Sabrá Dios por qué conocía Severino ese albergue.

CECILIO.- No hace falta ser Dios para saberlo. ¡Lo que habrá chupado ése de esa gente!

ESTEBAN.- Venga esas cervezas, Manfred.

MANFRED.- Ya vol.

(MANFRED **sirve cerveza a** ESTEBAN **y** CECILIO. **Por la calle aparece** GUILLERMO **cargado de bolsas y pasa a la barraca**. **Instantes después vienen** PACO, SEVERINO, AGUSTÍN **y** EULOGIO. **Entran en el bar**.)

SEVERINO.- ¿Pero tú qué sabes de historia? Don Pelayo fue un tío muy grande que hubo en España. Fue el primero que se atrevió a luchar y a echar a los moros de Asturias.

PACO. -Yo eztuve trabajando trez mesez en la mina y ezo es lo que me convenció de que lo que dice la historia de Don Pelayo, es un rollo. Lo que paza es que los moros, acoztumbrao ar zol, al calorcito de mi tierra, de Córdoba y de Graná, de Zevilla y de Huerva, cuando llegaron a Asturias y to er día nublao y to er día lloviendo, con un frío que se congela hazta el aliento, y cin un vinito fino que llevarce a la bocal le dijeron a Don Pelayo que ce metiera Asturias donde quiciera, que elloz se volvían ar sol de Andalucía. A beber fino de Montilla y de Jeré, y no a eza porquería de zidra hecha de manzana.

SEVERINO.- ¿Tú que sabes, hombre, si no has salido nunca de tu pueblo?

PACO. -Yo tengo mucha curtura porque he viajao mucho. Yo he estao en Madrí y hazta en Morachalá.

CECILIO. -Será Moratalaz.

PACO.- No zeñó: Morachalá. Porque allí zalía uno a comprá el bocadillo y ar vorvé, ni Dioz zabía donde estaba la obra con tantos polígonos como había. Ezo ez peó que Alemania. Los arquitectos que hicieron ese pueblo estaban borrachos cuando hicieron los planos.

(**Llegan** FELIPE **y** ROCÍO. **Entran en el bar**. **Hay gestos de admiración y afecto por los dos**, **especialmente por** ROCÍO.)

ROCÍO.- ¿Cómo está Daniel?

SEVERINO.- Ya está bien. Le han curado la mano.

FELIPE.- ¿Y cómo no ha venido con vosotros?

SEVERINO.- Porque le están arreglando los papeles para que le hagan un contrato. Pero vendrá más tarde.

FELIPE.- (**A** EULOGIO.) ¿Qué tal, chaval?

EULOGIO.- Pos mu bien. Pero un poco disgustao.

ROCÍO.- ¿Qué te pasa?

AGUSTÍN.- Lo que le pasa es que ha recibío carta del pueblo, y como no sabe lee, ni yo tampoco, pues ha venío a ver si se la lee alguien.

ESTEBAN.- Eso está hecho, hombre. Dame esa carta. Yo te la leeré. **(Coge el sobre**, **saca la carta**, **la pone de un lado y otro buscando el derecho.)** Esta carta está escrita en moro.

EULOGIO.- ¿En moro? ¿Pero cómo va a está escrita en moro?

AGUSTÍN.- ¡Me cagüen la mar! Eso es que hemos cogido la carta de un marroquí en vez de la tuya. Eso me pasó una vez a mí.

EULOGIO.- ¡Esto de no sabé leé, es una desgracia! Pos tenemos que golvé a la barraca a buscá mi carta.

ESTEBAN.- No te preocupes, hombre. La carta es de tu madre.

EULOGIO.- ¿Entonces, por qué dices que está escrita en moro?

ESTEBAN.- Porque esta letra no hay cristiano que la entienda.

ROCÍO.- Dámela a mí. Estoy acostumbrada a leer muchas cartas como ésa.

EULOGIO.- ¡Vaya susto que me he dao!

ROCÍO.- ¿Quieres que te la lea a ti solo ahí?

EULOGIO.- ¿Qué más da?

ROCÍO.- Es por si no quieres que todos se enteren de lo que te dice tu madre.

EULOGIO.- ¿Qué importa? Poco me podrá icí.

FELIPE.- No, hombre. Es mejor que te la lea a ti solo

EULOGIO.- ¡Que no me importa!

CECILIO.- Esas cosas son muy privadas, Eulogio. Es mejor que nadie se entere de tus cosas.

EULOGIO.- Si yo no tengo ná que ocultá. Lo único que me interesa es sabé si mi padre está güeno, si ha recibio el dinero que le mandé y si ya pué comé de tó lo que le ijo el meico. Venga Rocío: Léela aquí mesmo.

ROCÍO.- Como tú quieras. La letra es un jeroglífico. Leeré despacio.

EULOGIO.- Mi madre es mu lista. Es la única que sabe leé y escribí en casa. Esa carta la ha escrito ella sola.

ROCÍO.- Está bien, leamos. **(Leyendo**, **tal y como está escrita aquí**, **lentamente**, **debido a la dificultad de entender la letra**.**)** «Querido hijo: ¡Que Dios te bendiga, hijo mío! ¡Que Dios te bendiga! Ayé recibí las tres mil pesetas que mos giraste. ¡Tres mil pesetas, Dios mío! ¿Pero es posible que en ese país se gane tanto dinero? Tu padre, el pobrecino, ayé no comió na de la emoción de ve tanto dinero junto, y yo me jarté a llorá, como una tonta, pero de alegría, porque tu padre ya va a poé comé to lo que le ijo el méico. Pero, tú, hijo mío, no mandes todas las perras, porque a ti también te jace farta. Tú come bien, hasta que te jartes. Y en cuanti ganes más perras, te jateas bien con ropa buena, porque te juiste con lo puesto y, según ice la gente, en ese paí jace mucho frío. ¡Pobrecino mío! Tú, que nunca has salido de casa, na má que dil al campo, tené que está ahora tan lejo de nusotros y con una gente que, según ice la gente, no jabla como

toa la gente. Esta mañana fui a la iglesia y me jingué de roílla en delante de la Virgen y la ije, igo, Virgencita mía, tú que jaces tantos milagros, cuíame a mi hijo, que yo ya tengo perras pa traelte velas y to eso. Y fui y la puse una vela muy grande. Luego me juí a la tienda y compré pa tu padre chorizo, tocino magro con mucha veta, queso, ¡y hasta jamón! Pero lo que no púe encontrá jué la proteína esa que ijo el méico. Cuando venga pa cá la semana que viene le preguntaré que ánde venden eso y que jaga una receta de esas que jace él. Puse toa la comida encima de la mesa pa que tu padre se jartara de comé; pero no sé que le pasa, que dende ayé está fechito una breva, palincho y ajinao y jaciendo pucheros como un muchachino chiquino. Pero tú no te asustes, porque no le pasa na, que eso es de la emoción de ver tantas perras y tanta comía junta. Y también, por la carta, que está muy bien escrita. Le ices al hombre que te la escribió que Dios se lo pague. Pero tú págale también algún vaso vino de ve en cuando, pa tenele contento, porque en esta vía hay que ser agradecío. Y sin más decilte por hoy, recibe muchos besos de tus padres, que mucho te quieren, que nunca te orvían y que velte pronto desean y que lo son Remigio y Cirila».

(Llega DANIEL **y entra en la barraca**. GUILLERMO **ha terminado su tarea de sacar todo de las bolsas y colocar todas las cosas**. **Se saludan los dos**, **salen de la barraca y entran en el bar**.**)**

PACO.- ¡Ozú, qué carta! ¡Ce me han puezto loz peloz de punta!

ROCÍO.- ¡Qué mujer más encantadora es tu madre!

EULOGIO.- Sí, es mu güena. Y ya ves: ella sola la ha escrito. Es mu lista mi madre. Dentro de tres días me pagan aquí. Te devolveré el dinero que me prestaste, Cecilio, y con lo que me sobre le mandaré otro giro.

ROCÍO.- Pero tienes que hacerla caso. No le mandes todo el dinero y cómprate ropa. Con esa que llevas pasarás mucho frío.

EULOGIO.- ¡Yo no tengo frío! Mi padre dice que Dios da el frío según sea la manta que tengas. Lo único que quiero es que mi padre, el pobrecino, se cure de una ve. Que se jarte de comé. Y que tenga pa compra leña, porque ahora, en invierno en mi pueblo jace mucho frío tamién. Y que mi madre compre mantas

y buenos colchones de lana y no de paja, como los que tenemos. Y que se compren ropa. No. No pueo quealme con ná. A ellos les jace mucha más farta que a mí.

CECILIO.- ¿Pues sabes lo que te digo? A mí no me devuelvas nada. El dinero que cobres se lo mandas todo a tu madre.

EULOGIO.- ¡No, eso sí que no! Eso ya es abusá demasiao.

GUILLERMO.- No. La mitad de ese dinero lo pagaré yo.

FELIPE.- Tú paga un tercio. Yo pagaré una tercera parte.

ROCÍO.- Yo me sumo. Lo pagaremos entre los cuatro.

PACO.- Poz una vez puezto, yo me sumo también. Así tocamos a menos.

EULOGIO.- ¡Que no, que no! ¡Eso no lo consiento yo!

ESTEBAN.- Yo pago otra parte.

DANIEL.- Yo quiero también colaborar.

FELIPE.- ¡Hombre, Daniel! ¿Qué tal te va?

DANIEL.- Muy bien. Me han curado la mano y ya está en marcha el arreglo de los papeles. Me van a conseguir un contrato.

ROCÍO.- ¡Enhorabuena!

DANIEL.- Tengo que escribir a mi mujer. Se llevará una gran alegría. Cuando tenga un contrato procuraré traérmela. Pronto tendré trabajo y muy pronto tendré un hijo. ¡Más suerte no he podido tener! Gracias a vosotros que me acogisteis cuando más lo necesitaba.

GUILLERMO.- Gracias a todos por lo mucho que habéis hecho por mí. Sobre todo, tú, Rocío.

ROCÍO.- No he hecho más que lo que era mi deber. Aquí, en el extranjero, necesitamos ser más solidarios que en España. Y eso ha quedado patente.

ESTEBAN.- ¡Pues, viva España y viva Rocío!

TODOS.- ¡Viva!

SEVERINO.- Bueno, yo me voy.

GUILLERMO. -¡Cómo te vas a ir ahora! ¡Vamos a cenar todos los españoles juntos ahí, en la barraca!

SEVERINO.- Yo cenaré con mi mujer. Hoy, en la fábrica, nos han puesto una comida riquísima. ¡Hasta champán nos han dado! Yo me he traído una tartera llena y hasta una botella de champán. Así que voy a cenar con mi parienta.

AGUSTÍN.- ¿Y dónde vas a cenar con ella, si en la residencia de mujeres no te dejan entrar?

SEVERINO.- Pues en el parque. En el refugio que tenemos ella y yo para hacer nuestras cosas.

AGUSTÍN.- Pos como te vayas y no te vengas con nosotros y no te traigas a tu mujer, no me caso con la Juana. Porque eso que tú haces, no es tan buen negocio como me dijiste.

GUILLERMO.- ¿Pero tú no ves que hoy es un día especial y hay que estar todos los españoles juntos?

SEVERINO.- ¿Y cuánto hay que poner para la cena?

AGUSTÍN.- ¡Lo que cueste! ¡Este es un día mu especial!

SEVERINO.- ¿Y qué hago con la comida que tengo? No la voy a tirar.

AGUSTÍN.- La dejas para otro día.

SEVERINO.- Se estropeará.

AGUSTÍN.- Pues la metes en el congelador.

PACO.- ¿Qué dices tú de congelaó? Ezo lo deja en la ventana y dura má que el dinozaurio eze que han zacao de la nieve.

ROCÍO.- No puedes cenar solo y a la intemperie en una noche como esta. Tu mujer no te lo perdonaría.

FELIPE.- Tiene razón Rosío. Esta noche es para pasarlo todos juntos, en familia.

SEVERINO.- No, si al final me vais a convencer.

GUILLERMO. -Anda, ve a buscar a la mujer y te vienes con ella aquí. Yo me voy para ir preparando las cosas de la cena.

(Se van los dos. SEVERINO, **por el foro**; GUILLERMO, **por la barraca**.**)**

FELIPE.- Bueno, vamos a beber. ¡Manfred: pon de beber a todos! Invito yo.

PACO.- A mí, que me ponga vino.

FELIPE.- ¿Tanto te gusta el vino?

PACO.- ¿Que zi me gusta er vino? ¡Yo me bebo un vazo vino encima la calavera de un muerto!

FELIPE.- ¡Pues, vino para mi paisano!

ESTEBAN.- Hoy no es día de cerveza. ¡Champán para todos!

EULOGIO.- ¿Y eso qué es?

PACO.- Ezo es un vino muy malo que lo han metío en la botella con gaz y zale con mu mala leche. Mira, ezcucha la ezploción.

EULOGIO.- ¡Joé! Anda, que si te pega un taponazo en la cara, te joe.

PACO.- ¿Cómo que zi te joe? A uno, una ve le dio un tapón de ezo en la barbilla y tuvo que ir a buscarlo un helicóptero.

EULOGIO.- ¿Y eso qué es?

PACO.- Ezo e un avión que parece un abejorro acatarrao.

EULOGIO.- ¿Y con un parato de eso le tuvieron que busca al tío? Eres un poco exagerao.

PACO.- Bueno, pue tú pon la geta y ya verá. A mí eza bebía no me gusta ná. A mí, lo que me gusta es er vino. ¿Y a ti?

EULOGIO.- Yo, lo único que he bebío, cuando he podío, ha sio vino. Pero pocas veces, porque como siempre estaba con hambre, no tenía pa vino.

PACO.- ¡Cállate, niño, no me miente la jambre, que me acuerdo de cuando yo andaba ezmayao allí en Ezpaña!

EULOGIO.- ¿Tú has pasao jambre tamién?

PACO.- ¿Que zi he pazao yo jambre? Má que el hijo del tío Celedonio, que ce comió un reló de paré viejo porque le oyó decí a zu padre que era una caztaña.

EULOGIO.- Pos yo ya estaba jarto, me quería vení pa Alemania, pero mi padre decía que no, que esto estaba mu lejo. Hasta que hogaño le dije, digo: me deja usté dilme pa Alemania, o ahora mesmo cojo una soga y me ajorco. Y por eso le convencí.

PACO.- Po yo no le tuve que convencé. Me dijo, «niño, vete pa Alemania, que eztoy tiezo y ci me agacho, me troncho y no me puedo poné de pie.» «Pue no ce preocupe uzté, que le voy a manda marco a punta pala.» Y me dijo, dice: «Niño, que ya zé que eztoy má planchao que un zello y zi me pongo de perfí, no ce me ve. Pero vamo, que entavía no eztoy yo pa que me pongas en un marco pa una ezpoción.» «Que no, pare, que el marco no es un cuadro sino monea de la güena. Le voy a mandá mil y pico de marco» «No quillo. Mándame mil y el pico te lo queas tú, que me da mucho mieo eze bicho.»

EULOGIO.- Pos a mí el pico no me da miedo.

PACO.- ¡Ni a mí! En el corral de mi casa tengo yo un pico y una pala, y pazo junto a ella sin miedo ninguno. Claro, que yo no loz provoco, por zi acazo. Cuando llegué a Alemania, vino un alemán y me dio una pala muy rara, estrecha y larga con un mango de un metro. Yo la miré con cuidao, bien mirá por to loz citio y le dije al alemán, digo, oiga uzté, zeno mecié, ¿donde ezté el cordoné y el enchufé de ezte aparaté? ¿Y zabe lo que me dijo er tío?

EULOGIO.- ¿Qué te dijo?

PACO.- «*Niz feztén*». Pa que vea.

EULOGIO.- ¿Te dijo eso de verdá?¿Y que quiere decí eso?

PACO.- No lo entiendo.

EULOGIO.- ¡Qué cabrón! No, si estos tíos son muy malos. Pero el trabajo aquí es demasiao bueno. Yo, que estoy acostumbrao a trabaja de sol a sol, esto me paece gloria. Ocho horas na má. A las cuatro se acaba y toa la tarde sin jacé na. Acostao toa la tarde. ¿Porque adónde va a ir uno sin conocé na? Si salgo, es aquí al bar, pero yo no tengo perras pa está to los días aquí. Y yo me canso de está acostao.

PACO.- Poz yo, no. Yo, acoztao, recisto mucho.

ROCÍO.- Animarse todos. Vamos a cantar un villancico.

AGUSTÍN.- Paco sabe cantar muy bien.

PACO.- ¡Cállate, niño! A mí me da vergüenza cantar delante de la gente.

EULOGIO.- Pero nusotros no semos gentes, semos amigos.

ROCÍO.- ¡Buena definición! La gente son los otros; nosotros, no.

FELIPE.- ¡Muy bien dicho, muchacho! ¡Venga, Paco, a cantar!

PACO.- Bueno, pues ahí va un villancico. **(Canta.)**

El día que yo me guerva
a mi buena Andalucía,
le diré a los alemanes:
¡Alemania, pa tu tía!
Ande, ande, ande la marimorena.
Ande, ande, ande que es la Nochebuena.

DANIEL.- En el portal de Belén
llegaron dos emigrantes
y el niño les sonrió
porque eran dos currantes.
Ande, ande, ande la marimorena.
Ande, ande, ande que es la nochebuena.

ESTEBAN.- En el portal de Belén
llegaron dos alemanes
y le llevaron al niño
un hierro con dos imanes.
Ande, ande, ande, la marimorena.
Ande, ande, ande que es la nochebuena.
Y al ver el niño Jesús
aquel regalo tan frío
les dijo a los alemanes:
Id por dónde habéis venido.

Ande, ande, ande la marimorena.

Ande, ande, ande que es la nochebuena.

(Por la calle entra un hombre llevando a una mujer casi desfallecida, mira la barraca y dice:)

HOMBRE.- *Ist hier*.

MUJER.- Gracias. Tome, cóbrese.

(El hombre toma la moneda y le da el cambio. Ella entra en la barraca, pasa a la habitación, se tambalea, se sienta con evidentes síntomas de profundo malestar. El hombre la ha visto entrar, se quita la gorra de taxista, se rasca la cabeza, duda y entra en el bar. Se dirige a MANFRED **y hablan aparte**. MANFRED **va hacia el teléfono y marca. Habla aparte**. GUILLERMO **entra con una bandeja y queda sorprendido al verla. En el bar siguen cantando, pero no se les oye ahora.)**

GUILLERMO.- ¡Dios mío! ¡Está usted enferma! ¿Habla usted español?

MUJER.- Sí.

GUILLERMO.- Pero si es una rapaciña. ¿Qué te ocurre?

MUJER.- Voy a dar a luz. Necesito ayuda. ¿Dónde está mi marido?

GUILLERMO.- Hay que avisar a una ambulancia. Necesita ir a un hospital.

MUJER.- ¡No! No quiero que me lleven a un hospital. Podrían echarme de Alemania.

GUILLERMO.- Pero estás de parto. Te tiene que atender un médico.

MUJER.- Después. Ahora, no. Quiero dar a luz aquí. Quiero que mi hijo nazca aquí. Mi marido. ¡Quiero ver a mi marido!

GUILLERMO.- Necesitaré ayuda. ¡No te muevas! Voy a buscar a una mujer. Ella te ayudará en el parto. ¡No te muevas!

(GUILLERMO **sale precipitadamente**, **entra en el bar y se dirige a** ROCÍO. **Los demás siguen cantando en mimo**.)

GUILLERMO.- Rocío, necesito tu ayuda. Hay ahí una mujer que va a dar a luz. Tú puedes ayudarla.

ROCÍO.- ¿Una mujer? ¿Quién es esa mujer?

GUILLERMO.- Non lo sé. Es española y ha entrado en mi barraca. Va a dar a luz. Tienes que venir urgentemente.

ROCÍO.- Yo nunca he asistido a un parto. No sé.

GUILLERMO.- Yo te ayudaré. Pero debes ser tú, una mujer, quien la asista.

ROCÍO.- Pero...

GUILLERMO.- No hay tiempo que perder. Ven conmigo.

(Salen del bar y entran en la barraca, **muy deprisa**.**)**

ROCÍO.- ¡Si casi es una niña!

GUILLERMO.- Acuéstala en esa cama y quítale la ropa de abajo. Te prepararé agua caliente, toallas limpias y una tijera para cortar el cordón umbilical. No es nada difícil, te lo aseguro. He tenido cuatro rapaciños. Vamos, deprisa.

ROCÍO.- Hay que avisar a un médico.

MUJER.- No hay tiempo. Ya está aquí. Voy a dar a luz ya.

ROCÍO.- Ven acuéstate aquí. Tranquilízate. Te ayudaremos.

(**Entra** GUILLERMO **con una palangana de agua y toallas**. **Se lo da a** ROCÍO.)

GUILLERMO.- Tranquila, hija mía. No tengas miedo. Ya verás que bien sale todo. Yo he tenido cuatro hijos y todos nacieron en mi casa, sin comadrona ni nada. Yo asistí a mi mujer en todo. Ahora necesitas estar tranquila. Relájate.

ROCÍO.- ¡Tengo miedo, Guillermo! ¡Es la primera vez que me veo en semejante situación!

GUILLERMO.- Non te preocupes, muyer. Ya verás qué sencillo es todo.

(Siguen atendiendo a la MUJER. **Ahora se sigue oyendo el jolgorio con los villancicos y siguen bebiendo más y más**. **Ya están todos un poco ebrios de alegría y por el alcohol**. **Se oye el sonido de una ambulancia que se acerca poco a poco**, **hasta que su sonido se hace estridente por su proximidad**. **Quedan todos sorprendidos**. **En el foro se ve el palpitar de las luces de la ambulancia**.**)**

FELIPE.- ¿Qué ocurre?

PACO.- Ezo e una ambulancia.

FELIPE.- Pero está ahí. Desde aquí se ven las luces,

(El sonido cesa, **pero aumentan los destellos**. **Todos salen a la calle**. **Por el foro entran dos enfermeros y una pareja de policías**. **Entran en la barraca**. FELIPE **y** DANIEL **van tras ellos**. **El niño ha nacido y** ROCÍO **lo mantiene en brazos entre sorprendida y emocionada**. **Entran en la habitación** FELIPE **y** DANIEL. **Poco después**, **los enfermeros y la policía**.**)**

ROCÍO.- (**A** FELIPE.) ¡Un milagro, Felipe! ¡Un niño! ¡Ha nacido un niño!

(DANIEL **mira a la mujer y da un tremendo grito**.)

DANIEL.- ¡Pepita!

MUJER.- ¡Daniel!

DANIEL.- ¿Cómo has llegado hasta aquí?

MUJER.- ¡Daniel, esposo mío! ¡Por fin, juntos! ¡Ese es nuestro hijo! ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! ¡Bendito sea Dios!

(Tose. Está muy débil y fatigada. Cada vez que habla su voz se hace más entrecortada y más débil.)

DANIEL.- ¿Pero, por qué has venido? ¿Quién te ha traído?

(Un enfermero coge al niño, lo pone sobre la mesa y lo reconoce. La MUJER **es atendida por el otro enfermero.)**

MUJER.- Me ha traído un camionero... camuflada entre la mercancía... Conmigo venían cinco españoles más... Mi familia me prestó el dinero... para pagar al camionero... Cuando cruzamos la frontera... nos dejó en medio de la carretera... varios kilómetros más adelante... Ha sido un viaje horrible... por los golpes en las curvas... y los frenazos... Y después por la caminata... hasta que encontré un taxi... y le di el papel con las señas... de tu carta... Ya estoy aquí, amor mío... juntos los dos otra vez... para siempre.

DANIEL.- No tenías necesidad de haber hecho esa locura. Me están arreglando los papeles y dentro de un mes o dos yo te hubiese reclamado.

MUJER.- Hubiese sido... demasiado tarde...

ENFERMERO.- El niño está bien. Pero esta mujer está muy grave. Hay que llevarla al hospital.

DANIEL.- ¿Por qué lo hiciste? ¡Por qué!

MUJER.- Quería que mi hijo... naciera en Alemania... Así ya no será español... no tendrá que emigrar... Ya no soportará la miseria... que soportamos nosotros... Mi hijo ha nacido libre... ¡No quiero que sea español!... No quiero que sea español.

ENFERMERO.- (**A** DANIEL, **que está abrazado a la** MUJER.) Por favor, déjennos actuar. Esta mujer está gravísima.

MUJER.- Nuestro hijo es libre... Daniel, amor mío… Ha nacido en Alemania... ya no tendrá que emigrar... ¡Qué felicidad!... Dios mío..., ¡qué felicidad!

(La MUJER **pierde el conocimiento**. **El** ENFERMERO **aparta a** DANIEL **y la observa**, **la toma el pulso**, **la ausculta**, **le mira la retina**. **Lentamente se vuelve**.**)**

ENFERMERO.- El niño está bien. Pero, por esta mujer ya no podemos hacer nada. Tiene que venir el juez. Ha fallecido.

(DANIEL **se abalanza sobre ella**, **llorando**. **Los que quedaron en la calle entran en la habitación**. **Excepto** MANFRED **que**, **imperturbable**, **recoge las copas y las botellas de las mesas**. **La habitación se hace pequeña para tanta gente**, **pero nadie quiere salir**. **Hay un silencio impresionante**. **A lo lejos**, **muy tenuemente se oye el villancico «Noche de paz» cantado por niños en alemán**. DANIEL **se vuelve y coge al niño en sus brazos y sin dejar de sollozar lo mira**. **Hay en su mirada un gesto indescifrable entre odio y amor**. **Su hijo vive**, **pero por su causa ha muerto su mujer**, **su compañera**. **Va a primer término mirando al bebé y llorando**. **Cae de rodillas**. **Sostiene al niño**, **no abrazado a él**, **sino como si fuera una bandeja que lleva en las manos**. **Lo sigue mirando**, **pero sus sollozos son ahora rugidos de dolor**. **Todos están petrificados contemplando la escena**. **Hay una larga pausa en que sólo se oyen los gemidos de** DANIEL **y el villancico «Noche de paz» a lo lejos**. **Una pausa muy larga mientras que**, **lentamente**, **va cayendo el telón**.)

FIN